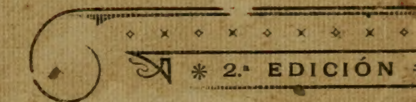

3 1761 07312450 5

ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG

LÁGRIMAS



PRIMAVERA DEL 1900

Dornaleche y Reyes, editores. — Montevideo

LÁGRIMAS



ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG

LÁGRIMAS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

DEL DR. TEÓFILO E. DÍAZ (TAX)

UN

JUICIO DE LA ESCRITORA PERUANA

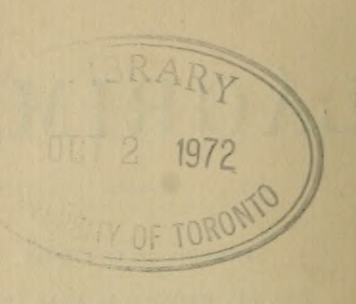
SEÑORA CLORINDA MATTO DE TURNER

Y ALGUNAS OPINIONES

DE DISTINGUIDOS ESCRITORES Y POETAS

SEGUNDA EDICIÓN

MONTEVIDEO
DORNALECHE Y REYES, EDITORES
Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79
1902


LIBRARY
OCT 2 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

En esta segunda edición, fiel retrato de mi primera plana literaria (si se me permite llamarla así), despojada de toda jactancia y como recuerdo inapreciable á mis primicias, he creído justo intercalar algunas opiniones con que fueron favorecidas estas páginas; y digo algunas, porque no son mis deseos dar al benévolo lector un folleto de juicios; razón por la cual me abstengo de presentar aquellos de mucha extensión,—circunstancia ésta que bien puede calificarse de fuerza mayor y que en nada contribuirá para que no aprecie en su justo valor los sanos consejos de tan distinguidos intelectuales.—A todos ellos mi reconocimiento por sus finos cuan delicados conceptos; á todos ellos mi gratitud por sus sinceras palabras de aliento.

En esta misma edición, que he ampliado, bien pude corregir los defectos de que adolecen algunas de sus composiciones, dándoles el vigor que muchas de ellas reclaman; pero hubiera sido destruir despiadadamente unas primicias tan queridas: fuera arrepentirse de haberlas dado á la publicidad, y esto no ha surgido ni surgirá jamás de la mente de

LA AUTORA.

Á LA MEMORIA

DE MI QUERIDA HERMANA ESPERANZA

Y

PARA MIS PADRES

¡..................!
¡El único consuelo que le queda
Á mi alma desolada,
Es dejar en tu tumba, hermana mía,
Flores, besos y lágrimas!

ERNESTINA.

ESTO ES UN PRÓLOGO DE TAX

Un prólogo es una presentación, según mi criterio; y desde luego, la presentación de la poetisa Ernestina Méndez Reissig á Montevideo, principalmente, y á todas las ciudades donde acuda este libro de poesías líricas, será contestada: «Ya tenemos el honor de conocerla.»

Si el prólogo no es una mera presentación, sino un juicio crítico, según la opinión de otros, ese juicio tendría que ser tan imparcial como la contestación obligada á una dulce, inocente y entusiasmada madre presentando su primer hijo á un buen amigo:

—Adorable!... precioso!... divino!...

El prólogo, según mi opinión, puede ser también un auto-bombo de quien acepta formularlo sin tener talla, preparación, antecedentes, tradición poética, estro ni astro.

Debo explicar por qué digo estro ni astro.

Estro, porque jamás he formulado una cuarteta, ni quintilla, ni rima alguna digna de publicarse.

«De todo es capaz, Tax, menos de hacer un verso.» Este dicho de un literato nuestro, es una crítica exacta de mi inutilidad para la poesía.

Astro, digo, porque, á semejanza de la sentimental autora de este libro, he podido repetir una de sus «Quejas del corazón»:

> Con afán miro el cielo, y ni una estrella
> Brillante, pura y bella,
> Hallo, que venga á iluminar mi sien;
> Todas brindan sus rayos á otros seres,
> Que, en medio de placeres,
> Su vida han convertido en un edén.

No puedo ahora mantener mi queja, si bien pude persistir en ella durante largo tiempo, ante el honor que me dispensa Ernestina Méndez Reissig, estrella en el cielo de la poesía, pidiéndome que presida su primer libro, que juzgo como un haz luminoso de espigas de su amistad, su dulzura, su compasión, su amor, su melancolía.

Aunque la poesía lírica, según los maestros, no es exclusivamente subjetiva, sino *predominante subjetiva*, puede notarse en las composiciones de Ernestina Méndez Reissig un estado de alma permanente, igual, triste y dulce, que absorbe la expresión de sus cantos, no dedicándose á la imagen de la realidad externa.

De las poesías líricas de Ernestina podría decirse que son exclusivamente subjetivas; y sería inútil pretender que su meditación se desprenda de su intimidad, para expresar imáge-

nes del mundo exterior, poseída actualmente de un inesperado dolor, producido por la prematura muerte de una hermana muy joven, bella y buena.

Este suceso impedirá, sin duda, que la poetisa Ernestina pueda en breve tiempo extender su frase y su rima en temas líricos objetivos, desprendiéndose de la nota tristísima que caracteriza todas sus composiciones.

Es cierto que, así como las princesas tienen flores ó perfumes predilectos, las poetisas podrían decir que cantan su sentimiento predilecto, y en este caso me vería obligado á no pretender que *esta estrella del cielo de la poesía,* ofreciera á las letras, con su inspiración, algo que fuera menos melancólico y más real en la vida del mundo.

Se me ocurre ambicionar notas menos íntimas, después de leer una composición á una amiga muerta:

« Al compás de la brisa perfumada,
El pino y el ciprés
Del viejo cementerio se mecían
Con suave languidez.

Destacaba en el cielo azul y limpio
La negra y alta cruz
De la torre, do débil se posaba
Del sol la última luz. »

Esta descripción tan sencilla, tan espontánea, á la que la poetisa no dará gran mérito, es una manifestación poética descriptiva que

ilumina el rico horizonte hacia el cual marcha su talento.

Entre tanto, si auguro notas poéticas de un interés más realista, no excluyo de íntimo mérito á las composiciones que forman este libro, las cuales están llamadas á ser saboreadas, releídas y admiradas por todos aquellos que no sufren ó que todavía no han sufrido.

Se experimenta una rara sensación dominante en plena felicidad, al leer la desgracia ajena, aunque se sienta conmiseración por los doloridos y se hagan muecas de disgusto.

Esto no quiere decir que los que sufren rechacen la lectura de lo sentimental doloroso.

Los que sufren, aunque no les sea agradable recibir impresiones dolorosas por padecimientos semejantes ó aproximados, suelen encontrar alivio á sus lágrimas con la lectura de lo que es melancólico, ó triste, ó sentimental desesperante, artísticamente expresado.

Y, finalmente, el estilo correcto, la rima exacta, la inspiración del fondo y la delicadeza de la forma harán agradable para toda categoría, ya la de los felices, ya la de los desgraciados, la lectura de este delicado libro.

Creo que debo insistir en el mérito característico de las poesías de Ernestina, consistente en el matiz de desconsuelo, tristeza, escepticismo dentro de la fe misma; matiz que, persistente y marcadísimo, hará conocer á la autora, por la sola lectura, envuelta en su tul negro, como un estilo, á semejanza del célebre Tur-

ner de Londres, que pintó todos sus paisajes á través de transparente neblina.

Á este libro, Ernestina Méndez Reissig ha querido agregar algunas composiciones en prosa, respecto de las cuales no puedo abrir un juicio sino favorabilísimo, encontrando en ellas originalidad y fuerza de lógica, como dos potencias que, creciendo con vigor, preparan una sólida reputación á Ernestina Méndez Reissig como publicista en prosa.

TEÓFILO E. DÍAZ.

TARJETA POSTAL

Hace tiempo que venía gustando el aroma de florecillas literarias tímidamente esparcidas en tal ó cual revista por la delicada mano de una, casi niña, poetisa uruguaya; mas, un buen día, día de sol alegre y primaveral, de aquellos ya raros en la presente estación, llegó á mis manos todo un ramillete de flores en forma de libro, y, por el contraste que el rocío establece al caer sobre el pétalo de la rosa, este libro se titula Lágrimas. Su autora es la señorita Ernestina Méndez Reissig, cuyo nombre corre, loado, entre la falange de poetas y prosadores americanos.

Cuando aparece un nuevo luminar en la esfera celeste, todos los telescopios suelen dirigir su visual hacia el nuevo astro, para distinguirlo de las estrellas errantes y de los cometas de vida fugaz. Así, también, entre nosotros, aquejados por la plétora de versificadores, cuando se destaca en el monte sacro una personalidad ungida por las Musas, todos los que lo fueron se sienten atraídos por los arpegios de la nueva

lira pulsada con el corazón. Digo esto, porque la poesía la comprendo como sentimiento, así en lo épico, en lo guerrero, en lo pastoril. Quien percibe las hazañas de los héroes y siente palpitar las arterias de los grandes pueblos; el que llora un bien ausente ó perdido y se estremece con la ternura de su madre ó de su amada; el que da alma á la fantasía, color á la frase y música al conjunto, ése sí será poeta, aunque ignore el número de sílabas, las acentuaciones y licencias que disciplinariamente exigen los de la categoría de aquel que dijo:

« Allí vienen las apazancas
Tras de las hormigas blancas. »

A quien contestó el verdadero poeta:

«¡Fuerza del consonante, á lo que obligas:
A decir que son blancas las hormigas!»

Ernestina Méndez Reissig ha nacido poetisa, con toda la exuberancia de inspiración que la flora uruguaya imprime en los espíritus delicados. LÁGRIMAS, es la primera entrega que hace en conjunto, del cofre de esa rica pedrería que va engastando en filigrana, cada vez con mayor perfección, como notará el lector al comparar unos cincelados con otros, por orden de creación.

Este reparo vengo haciendo por mi parte, y más de cerca, desde que recibí los primeros

originales de la señorita Méndez Reissig para mi revista *Búcaro Americano*, florecida por la colaboración de la gentil poetisa.

Composiciones tiene Ernestina, como la titulada *Deseo*, que en todo corresponden á la factura de poetisas renombradas en la cuna de la Poesía castellana; entre otras, Mercedes Velilla de Rodríguez y Blanca de los Ríos.

Reforzaré mi juicio con la transcripción de alguna estrofa tomada al acaso.

Dice Ernestina:

¡ Quién pudiera olvidar sus penas todas,
De nuevo abrir el alma á la ilusión !...
¡ Ay ! ¡ es crimen quitarse la existencia,
Y no es crimen herir un corazón !

Blanca de los Ríos dice así:

Siendo el amor la fuente de la vida,
¿ No será un crimen extinguir la fuente ?
Si el que asesina á un hijo es filicida,
El que mata un amor ¿ no es delincuente ?

Y la señora Velilla de Rodríguez:

Dicen que la vida es sueño
Y todos quieren soñar:
¡ Sueño yo cosas tan tristes,
Que quisiera despertar !...

Podría engalanar estas páginas transcribiendo otras estrofas de las delicadísimas que contiene LÁGRIMAS; pero no me propongo hacer un

análisis detallado, ni quiero defraudar el tiempo al lector en las dulces emociones que, para regalar su sensibilidad, guarda en sus hojas el libro que entre manos tiene.

En esta mi tarjeta vayan, sí, para la joven poetisa, mis aplausos sinceros, que de aliento no ha de menester quien ama el arte por el arte mismo y cuenta con todos los entusiasmos literarios propios de su edad y de su cultura.

CLORINDA MATTO DE TURNER.
(Peruana.)

Buenos Aires, Septiembre de 1900.

OPINIONES

Madrid, 4 de Enero de 1901.

Recibidos y leídos con mucho gusto sus preciosos versos, le agradece su envío,

EMILIA PARDO BAZÁN.

Señorita Ernestina Méndez Reissig.

Presente.

Mi distinguida señorita:

Mil gracias por su carta y por la dedicatoria de su artículo, que estimo en lo que vale.

Desde luego puedo augurarle que si comienza poniendo sobre el papel la pluma como ahora la pone, perseverando y estudiando mucho, en modelos que faciliten la soltura, será usted escritora.

Para escribir en castellano, procure usted modelos castellanos, de prosa cuanto más sencilla y castiza mejor; modelos que le formen el estilo sin amaneramientos, al propio tiempo que recreen y deleiten su inteligencia, que promete tanto.

Si usted ha de hacer prosa y prosa buena, abandone los versos hasta dentro de algunos años, en que por fijeza y solidez de su criterio literario, no pueda extraviarse el sentimiento inclinándose á la literatura enfermiza; ensanche usted el horizonte con energías de la voluntad, y será usted novelista, que otras lo somos quizás sin tanta *materia prima* para ello.

Dios dé á usted una vida de gloria y de felicidad, para que pueda, á su vez, darla á su patria: es lo que desea su afma. S. S. y amiga,

EVA CANEL.

Buenos Aires, Diciembre de 1900.

Bartolomé Mitre saluda atentamente á la señorita Ernestina Méndez Reissig, y agradece su amable tarjeta, enviándole el primer ejemplar de sus primicias literarias, que revelan un alma sensible, un gusto delicado y una inspiración poética melancólica, deseando que su enlutada musa se corone con las flores que embalsaman la vida, embellecen la juventud y son el emblema de la felicidad.

Buenos Aires, Diciembre de 1900.

Carlos Guido y Spano ofrece rendidos homenajes á la señorita Ernestina Méndez Reissig, y contestando á su amable tarjeta, obsequiándole las primicias literarias con el título de LÁGRIMAS, de que es autora, ornadas con

su semblanza artística, más bella aún que sus poesías, le agradece tan valioso presente.

En el libro aludido, *suspirante* como una lira al roce de auras primaverales, figuran las «Estrofas» dedicadas á su nombre: recuerdo inestimable de una alma pura y candorosa. Reciba la melancólica poetisa de Oriente el tributo de admiración debido al primer fruto de su estro juvenil.

A' illustre poetisa senhorita Ernestina Méndez Reissig comprimenta respeitosamente Quintino Bocayuva, e penhorado pela sua gentileza, agradece-lhe a obsequiosa offerta do seu bello ramalhete poetico sob o titulo LÁGRIMAS.

Con os mais sinceros votos pela sua felicidade e pela conquista de novos loiros na sua carreira litteraria, envia-le affectuosas saudações.

Rio Janeiro, 25 Dezembro de 1900.

Buenos Aires, 30 de Enero de 1901.

Señorita Ernestina Méndez Reissig.

Distinguida señorita:

He tenido el gusto de recibir el ejemplar de su primoroso tomito de versos: LÁGRIMAS, que con honrosa dedicatoria autógrafa me ha enviado usted.

Muy obligado quedo á tan fina atención.

He leído sus bellas poesías, y ellas me han confirmado en la favorable opinión que tenía

de su distinguida autora. Siente usted hondo y sabe expresar sus pensamientos en una forma correcta é irreprochable. La felicito muy sinceramente.

Me ofrezco de usted con mi consideración más alta, su atento S. S.

CASIMIRO PRIETO VALDÉS.

José Enrique Rodó saluda con su más distinguida consideración á la señorita Ernestina Méndez Reissig, y al agradecerle profundamente el honroso envío de su interesante y hermosa colección de producciones literarias, tan llenas de delicadeza en la forma como de intimidad en el sentimiento, tiene el honor de manifestarle su admiración.

S/c., 29 de Diciembre de 1900.

México, 16 de Junio de 1901.

Señorita Ernestina Méndez Reissig.

Montevideo.

Muy apreciable señorita:

Altamente agradecido estoy por la distinción que se ha servido usted dispensarme enviándome su libro LÁGRIMAS, hermosísima colección de pensamientos llenos de ternura y delicadeza, nacidos de un corazón que siente y de una alma que adora.

Horas enteras he pasado recorriendo sus brillantes páginas, desde la primera á la última,

en muchas ocasiones, y esta tarea bastante grata continuará, porque LÁGRIMAS es una fuente de aguas cristalinas que mitiga la sed de mi alma, siempre sedienta de dulces inspiraciones, de bellos ideales y de risueñas esperanzas.

Que su mente soñadora, que su alma de poeta y que su amante corazón la conduzcan al templo de la inmortalidad, para gloria de su patria y de las bellas letras. Éstos son los vehementes deseos del que tiene á honra enviarle su más sincera felicitación y ofrecerse á sus órdenes como su afmo. y atto. S.

Lic. CARLOS DE GANTE.

La Paz, Enero 26 de 1901.

Señorita Ernestina Méndez Reissig.

Montevideo.

Muy distinguida señorita:

Á mi regreso de Antofagasta, he sido gratamente sorprendido con la lectura de su precioso tomo de poesías, que ha titulado usted LÁGRIMAS.

Es un delicado búcaro de fragantes siemprevivas, impregnado de un delicioso perfume: el sentimiento!

Vayan, para la joven artista que cultiva tan bellas flores, el sincero aplauso y la admiración de su afectísimo y seguro servidor.

EDUARDO DIEZ DE MEDINA.

Asunción del Paraguay, Enero 5 de 1901.

Señorita Ernestina Méndez Reissig.

Montevideo.

Distinguida señorita:

He tenido el placer de recibir el precioso obsequio que ha tenido la fina amabilidad de hacerme, de un ejemplar que contiene sus primicias literarias, que usted titula LÁGRIMAS.

Su lectura me ha proporcionado ratos muy agradables. No soy poeta: me falta música é inspiración para manejar dignamente el divino lenguaje de las Musas; pero esa circunstancia no me priva de poder apreciar el mérito de una composición poética, ó de sentir la dulce influencia que ella ejerce sobre el corazón. En efecto, ¿quién es el que no ha sufrido en este mundo? y ¿quién es aquel que alguna vez no haya tenido que soportar el dolor de ver trocar el bien que acariciaba y que constituía su consuelo, su amor, su felicidad, en amarguras y penas, volando por los aires, como arrebatadas por un vendaval, las bellas flores de sus ilusiones y de sus esperanzas?

Pues bien: ése no podrá menos de simpatizar con sus composiciones poéticas, las cuales, por su forma artística reunen, á mi humilde juicio, una de las primeras condiciones que hace duradera una obra é inmortaliza al poeta, cual es el estilo, que es como el esmalte que hace resaltar la belleza del pensamiento.

Usted, señorita, al expresar sus sentimientos con sencillas y adecuadas expresiones, ha tomado por modelo la naturaleza y por guía la verdad; en una palabra, usted escribe con el corazón y el alma; aquél nunca engaña y ésta está pronta á recibir la impresión de lo verdadero, sea ello melancólico ó placentero, triste ó alegre. Las penas ó los sentimientos, con sus crueles torturas la atormentan; pero como medio de desahogo, las acepta, las acaricia y á veces hasta las apetece usted, con la expresión de sus sentimientos, sin ir más allá de los justos límites que permiten las reglas del arte; ha descubierto, por decirlo así, el secreto de la fama de que goza hasta el día la lira de Homero, que triunfando de los estragos del tiempo, marcha siempre á la cabeza de los genios que han llamado más la atención del mundo, debido sólo á que Homero es el pintor más fiel de la verdad y su estilo poético es comparable á una llama que arde constantemente sin decaer desde el principio hasta el fin. En corroboración de esta gran verdad que vengo exponiendo, Víctor Hugo, ese gigante de la literatura francesa, en alguna parte ha dicho: *El estilo es la llave del porvenir.* Respeto esa opinión y á ella me atengo para asegurarle que sus LÁGRIMAS no han de morir, porque ellas reconocen en su fondo la verdad.

He leído y releído algunas de sus bellas composiciones, como no podrá menos todo aquel que ha tenido que soportar en su vida desengaños y crueles contrariedades.

Finalmente, sus LÁGRIMAS se recomiendan por sí mismas, ellas constituyen un ramillete de preciosas y fragantes flores, cuya vista encanta y hace prorrumpir al más *insensible* en sinceros aplausos hacia la mano delicada que con tanto gusto y talento lo ha formado.

En cuanto á la prosa, coincido en opiniones con el ilustrado autor del Prefacio, en el último párrafo de su escrito.

Una vez más, le doy las más expresivas gracias por su obsequio, y le pido acepte mis más cordiales felicitaciones, aun cuando ellas en nada contribuyan á aumentar la aureola de su gloria como poetisa que figura en esa pléyade de eximios literatos que embellecen el cielo americano.—Sin más, atto. y S. S. y admirador,

JUAN CRISÓSTOMO CENTURIÓN (1).

ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG

Quien haya hecho, como yo, una pública protestación del culto fervoroso que profesa á la mujer, no puede ser buen crítico en tratándose de examinar un librito escrito por pluma femenina; pero, ni esta especie de veneración, con la que pretendo demostrar mi amor sin límites á mi madre y á la compañera de mi vida, ni la bondadosa esquelita con que me

(1) En momentos de imprimirse esta carta, recibo la infausta noticia del fallecimiento de tan distinguido caballero. — LA AUTORA.

favoreció la distinguida poetisa con cuyo nombre he principiado este artículo, ni la muy galante dedicatoria, puesta para mí, en su libro intitulado LÁGRIMAS, van á ser causa, esta vez, para prevaricar como crítico. Muy al contrario, dejo á un lado la juventud, la belleza y todas las virtudes de mi noble amiga; me olvido, por un momento, que es una niña, á quien es preciso agradar, haciendo coro al murmullo seductor que la alta sociedad y la gente de buen tono, forma en torno suyo, y con la más severa imparcialidad y franqueza, expongo mi humildísima opinión respecto del librito LÁGRIMAS, que ha merecido ya elogios del doctor Teófilo E. Díaz y de don Eduardo Ferreira, así como de la ilustre escritora cuzqueña, señora doña Clorinda Matto de Turner, actual directora del *Búcaro Americano* y discípula aventajadísima del insigne Palma.

Enemigo de todo lo que trasciende á *simbolismo*, me ha llamado, con mucha exactitud, un literato argentino, porque no pertenezco á la novísima escuela que, á tanto joven inteligente, seduce en América con un falso oropel. Tampoco soy clásico ni romántico. Yo amo la libertad en el arte, hasta cierto punto; yo soy obediente á las leyes, y predico *(entre mis amigos, por cierto)* el estudio de los autores llamados clásicos, pero aborrezco á los serviles imitadores de *ciertas* escuelas literarias, sobre todo si son extranjeras. Creo haber escrito lo suficiente sobre estos puntos, en varios artícu-

los, acogidos benignamente en revistas hispano-americanas, y como no quiero, por ahora, *meterme* en estos berenjenales, me basta declarar que sólo busco naturalidad y sentimiento en la poesía.

Con esta ingenua confesión mía, comprenderá cualquiera, que el libro de la señorita Méndez Reissig es para mí una obra apreciabilísima.

¿Hay naturalidad en la coleccionista de versos que analizo?—¡Cómo dudarlo, si su autora es una niña que no conoce el engaño, si es una artista que tiene convencimiento de su vocación! Las composiciones en verso, que forman el librito en referencia, son tan naturales, tan fáciles, que á ello atribuyo ciertos descuidos de construcción.

El mucho arte, en particular para los jóvenes, y el pulimento exagerado en la frase, traen consigo el ofuscamiento de palabras y la consiguiente falta de naturalidad, que no es otra cosa que la sencilla manera de expresar los pensamientos de modo que cualquier lector crea que también él pudo haberse expresado así.

¿Sentimiento?—También tienen las páginas escritas por la poetisa uruguaya; pero perdóneseme la franqueza, no es un sentimiento verdadero, capaz de inspirar una emoción estética, ni de producir una verdadera obra de arte.

La penetración constante de una idea, y nada más, ha obrado en el ánimo de la señorita

Méndez Reissig, hasta hacerle *sentir* una especie de tristeza, que es la inspiradora de sus cantos.

Una niña que no conoce todavía el mundo, que embellecida por la inocencia y el candor, vive al abrigo de sus padres, no sabe que hay espinas en el sendero de la vida; ignora que la traición y la falsía, el crimen y el engaño, la hipocresía y el vicio existen y conmueven el seno de la sociedad. Para las almas puras, para los corazones virginales y tiernos, el mundo no tiene sino pájaros y flores, y un cielo siempre azul, tachonado de estrellas. ¿Cómo explicar, pues, el extraño fenómeno de que la joven poetisa afirme en sus versos que *no puede ser feliz*, porque siente — aunque ella no lo diga — ese mal que aquejaba al infortunado y tétrico Leopardi? — La lectura le ha hecho conocer que el mundo es malo; y esta idea, hondamente arraigada en su alma, ha conmovido su naturaleza delicada y sensible de mujer, hasta el punto de hacerle creer efectivamente que el mundo es malo, y escribir versos buenos, es cierto, impregnados de una tristeza mística que agrada, pero que no son sinceros, porque no son sentidos.

Si las bondades de la señorita Méndez Reissig para conmigo me autorizasen para tanto, yo le aconsejaría que contemple con más calma la pródiga naturaleza uruguaya; que deje vagar libremente su alma ardiente y soñadora por el edén en que habita; que lea los libros

de Zorrilla de San Martín, su paisano, y que componga versos americanos, juveniles y creyentes. El dolor, verdadero ó fingido, conduce á la duda, á la desesperación; y yo no conozco poesía escéptica.

En resumen, como escribo para el *Guayaquil Artístico*, cuyo programa pide artículos cortos, me abstengo de presentar ejemplos de los buenos versos que sabe hacer la poetisa uruguaya, limitándome á decir que el librito LÁGRIMAS tiene mucho de poético, y que su bella y noble autora es digna de ser conocida donde quiera que se hable la lengua castellana, porque donde quiera se conquistará aplausos sinceros, como el humildísimo mío.

REMIGIO ROMERO LEÓN.

Ecuador, Cuenca, Febrero de 1901.

LÁGRIMAS

QUEJAS DEL CORAZÓN

El destino tristísimo, inclemente
 Ha sellado mi frente
Con el sino terrible del dolor;
Invencible poder tiene la garra
 Que en mi pecho desgarra
Las ilusiones de mi vida en flor.

Con afán miro el cielo, y ni una estrella
 Brillante, pura y bella,
Hallo, que venga á iluminar mi sien;
Todas brindan sus rayos á otros seres
 Que, en medio de placeres,
Su vida han convertido en un edén.

En vano busco venturosa calma,
 Que anhelante mi alma
Pide á gritos, cansada de sufrir;
Nadie escucha mi llanto dolorido,
 Y el corazón herido
Sólo espera la dicha de morir.

1899.

DESCONSUELO

¿Qué mano misteriosa, acerba y dura
Va guiando de mi vida los destinos,
Y envolviéndome en recios torbellinos
Ha muerto mi esperanza y mi ventura?

Hoy por siempre los rayos ha escondido
Del astro rey que iluminaba mi alma;
¡Ay, las horas tan plácidas de calma,
Para siempre también las ha extinguido!

1899.

SCONFORTO

(TRADUCCIÓN DE LA SEÑORITA N. O. DE LA S.)

Ah! qual mano misteriosa e greve e dura
Il destin va guidando di mia vita;
E scombiando l'anima smarrita,
Ogni speranza uccise, ogni mia ventura?

Oggi per sempre dess'ha eclissato i rai
Dell' astro magno che irradiava l' alma,
E distruggea, ahime! anco la calma
Dell' ore soavi... e per sempre omai!

DELIRIO

No puedo ser feliz: yo anhelo, aspiro
Algo que el mundo déspota nos niega;
Algo consolador, algo que mate
Negros fantasmas que mi mente crea;

Algo que extinga el tedio que me embarga,
Que me aliente en las luchas de mi vida;
¡Ay, que enjugue mis lágrimas si lloro
Y que calme el pesar del alma mía!

Yo busco corazones puros, grandes,
Ajenos á la envidia, al mal y al vicio;
Corazones amigos que palpiten
Con el ardor con que palpita el mío.

Yo busco la amistad, siento nostalgia
De esa fuente de bien y de ternura;
Pero... ¡en vano buscar, si ante mi paso
Se alza el negro fantasma de la duda!

Y entre la duda del que fué engañado,
Y la ansiedad del que cariño implora,

Caen mis ilusiones destrozadas
Como la flor que el huracán deshoja.

No puedo ser feliz: yo anhelo, aspiro
Algo que el mundo déspota nos niega;
Algo consolador, algo que mate
Negros fantasmas que mi mente crea.

1900.

¡OH LIRA!

Tú que sabes la lucha que sostiene
Mi corazón, ha tiempo destrozado,
Dile al mundo que burla tus gemidos,
Que al son de mis congojas has vibrado.

Cuenta que cruel pesar surcó mi frente,
Que ya no hay en mis ojos luz ni llanto;
Que extinguieron mis bellas ilusiones
El terrible dolor y desencanto.

Di que en los breves años de mi vida
Sólo espinas hallé por mi camino;
Y que mi corazón es grande y muere
Bajo el peso fatal de su destino.

1899.

¿RESPONDE?

¿No está en mi rostro pálido y sombrío
El cruel dolor sellado;
No ves huellas de lágrimas que, ardientes,
Mi mejilla han surcado?...

¿No escuchas de mi pecho los sollozos
De amargo desconsuelo;
No sabes cómo arrasan á mi alma
Esas horas de duelo?...

¿No vislumbras qué esfuerzo sobrehumano
Hago por mostrar calma;
Y no ves el dolor grande, profundo,
Que va minando mi alma?...

¡Oh!... no, tú nada ves, nada descubres
De mi pena y quebranto;
¡Ay, tú las borrarías, si supieras,
Enjugando mi llanto!

1899.

DESEO

Si quitarse la vida es rudo crimen,
¡Quién pudiera arrancarse la razón,
Y vagar por el mundo sin conciencia
Del placer, el engaño y la aflicción!...

¡Quién pudiera olvidar sus penas todas,
De nuevo abrir el alma á la ilusión!...
¡Ay, es crimen quitarse la existencia
Y no es crimen herir un corazón!

1899.

DESEJO

(TRADUCCIÓN DEL SEÑOR J. J.)

Se roubar-se a existencia e negro crime,
Quem pudera arrancar-se só a razão,
E vagar pelo mundo sem consciencia
Do prazer, do engano e da afflicção!

Quem pudera esquecer as penas todas,
E de novo engolfar-se na ilusão!...
Ai! e crime roubar-se a propia vida,
E não e crime ferir-se um coração!

QUEJAS

Soy el canto que triste el alma lanza
Llorando entre sus ruinas y el olvido;
Soy el débil y el último latido
De un corazón que agonizando está.

Yo soy el grito aterrador que suena
En el cóncavo hueco de una tumba;
Soy el lamento amargo que retumba
En un cerebro hastiado de pensar.

Soy el recuerdo de un amor ya muerto;
Soy la sombra, no más, de la ventura;
Soy un cáliz inmenso de amargura
Que desbordando siempre... siempre está.

Soy la pálida estrella que se eclipsa
En montañas y negros nubarrones;
Soy la incredulidad de las pasiones
Que con áureo color suelen pintar.

Soy la fatalidad, fiera sin nombre
Que á un abismo sin fin se precipita,
Que ni un rayo de luz, santa y bendita,
Le iluminó su sien jamás... ¡jamás!

1899.

Á MARÍA H. SABBIA Y ORIBE

De laureles, azahares y jazmines
Tejiera en mi amistad bella guirnalda,
Que ciñendo tu sien alabastrina,
Fuera á envolverse en tu graciosa falda.

Yo alfombrara la senda que tú surcas,
De mirtos, margaritas y mimosas;
Y arrojara á tu paso, deshojados,
Lirios preciados y soberbias rosas.

Tú tienes algo de ángel en el alma,
Sombras del cielo en tus azules ojos;
Y arrancas de tu lira bellos himnos,
Pulsándola risueña sin enojos.

Yo, que arranco tan sólo tristes notas
De mi enlutada lira, cuando canto,
Para mi tumba anhelo una corona
De violetas regadas con tu llanto.

1899.

Á FRANCISCA OFELIA BERMÚDEZ

> No hay en el mundo más
> que un exceso recomendable: el de la gratitud.
>
> LABRUYERE.

El amigo consejo que me envías
Lo acepto, llena mi alma de emoción;
Y al expresarte gratitud, te ruego
Que no dudes que á Dios brindo mi amor.

No dudes que mitigo mis tristezas
Si ferviente me entrego á la oración,
Y olvido la crueldad de los que engañan,
Cuando poso mi vista en el Señor.

Y si llamé la muerte, delirante,
¡Ay! créeme, fué acosada de dolor;
Porque cuando un tormento nos maltrata,
El alma busca la región de Dios.

Pero jamás mis penas y dolores
Borrarán de mi joven corazón
La fe sublime que ha encendido en mi alma
La mano bienhechora del Creador.

1899.

EN EL ÁLBUM

DE MI DISTINGUIDA AMIGA LUISA SEGUNDO

Para dejar en tu álbum mi recuerdo,
Hacia el jardín de mi alma
Llegué en busca de flores. ¡Ay, marchito
Aquel jardín se hallaba!...

Busqué en mi corazón las alegrías,
Llamé mis esperanzas;
Nadie me respondió: ¡en él, tan sólo,
Hallé lágrimas.... lágrimas!...

. . . .

Si no tengo alegrías y están mustias
Las flores de mi alma,
Cual recuerdo de afecto, en esta hoja,
¡Ay, dejaré una lágrima!

1900.

HERMANA

Tú, que huyendo del mundo, do el engaño
Envenena la vida,
Das al bueno consuelo en su tristeza,
Con bondad infinita;

Tú, que al malo, descreído, siempre enseñas
La religión sagrada,
Y guiándolo en sus dudas y deliquios,
Das fe sublime á su alma;

Tú, que al huérfano pobre, abandonado
Por una madre impía,
Le ofreces tu ternura y resignada
Velas sobre su vida;

Tú, la santa mujer que amo y venero,
¡Oh dulce religiosa!
Responde si en la vida de los claustros
Hay paz para el que llora.

Dime: ¿la senda que tu planta surca,
No tiene, hermana, espinas;
Y á tu mansión sagrada nunca llega
Del mundo la malicia?

1900.

NO VOLVERÁN

¿Crees que mi corazón entristecido
Se abrirá nuevamente á la ventura?
Tú no sabes que henchido de amargura
Se agita sin cesar.

Y deliras al creer que la esperanza
Puede volver de nuevo al alma mía;
¿Ignoras que mis horas de alegría
No tornarán jamás?

¡Oh! no... no me entusiasmes con quimeras,
No me hables de los goces y el contento;
Yo, en mis desvelos, con horror presiento
Que nunca volverán.

1899.

¡FE!

He llamado la muerte muchas veces
Cuando, despedazado el corazón,
Apuraba amargura hasta las heces
Quitando á mi cerebro la razón.

Sí, deseaba morir en esas horas
Que hasta tu amor mezquino imaginé;
Y dando fuerza á ese dolor que ignoras,
De este mundo traidor yo blasfemé.

¡Ay!... maldije el tormento y negra suerte
Que el destino, ¡infeliz! me designó;
¡Sin encantos, sin fe, pedí la muerte,
Y el corazón de llanto rebosó!

Hoy siento que se aduerme mi honda pena...
¿Confiando en el mañana?... No lo sé;
El cielo de mi vida se serena,
Oigo una voz que grita á mi alma: ¡Fe!

1899.

ESTROFAS

Dedicadas al ilustre vate argentino don Carlos Guido y Spano.

Hay seres en el mundo que creen que la ventura
Se agosta con los años y no con el dolor;
¡Ay, cuántos corazones temprano se destrozan
Cual delicados lirios que arrasa el aquilón!

¡Cuántos lloran perdidas las dulces ilusiones
Que en juvenil delirio su mente se forjó!
¡Ah! muchos... muchos tienen el alma envejecida
Mientras que el cuerpo joven ostenta su vigor.

Mil veces yo me muestro con mi cerviz erguida,
Y aquí en mi pecho joven rugiendo está un dolor;
Y al repetir que sufro, se burlan de mis quejas,
Porque la pena negra tan sólo la ve Dios.

Enero 19 de 1900.

TUYO

¡Imposible olvidarte!... ¡Si te adoro
Con todo el corazón, con toda el alma!
¡Imposible olvidarte!... Este cariño
Ha vuelto á mi existir la fe y la calma.

¡Imposible olvidarte!... Nunca dudes
De la firmeza de mi amor profundo;
Él da ideas y fuego á mi cerebro,
Calma mis penas y embellece el mundo.

¡Oh! no dudes jamás... que yo por siempre
Te entrego el corazón lleno de amores;
¡Es tuyo... ¡sólo tuyo!... dale vida,
Borrando sus tristezas y dolores!

1900.

UNA LÁGRIMA

Á la memoria de la inolvidable Casiana Flores.

Al compás de la brisa perfumada,
El pino y el ciprés
Del viejo cementerio, se mecían
Con suave languidez.

Destacaba en el cielo azul y limpio
La negra y alta cruz
De la torre, do débil se posaba
Del sol la última luz.

Y cantando, las silvias y gorriones
Daban al día adiós;
Ó tal vez elevaban por los muertos
Una plegaria á Dios.

Yo pasé largas horas contemplando
Aquel santo lugar:
Pensaba en las historias ignoradas
Que allí se han de encerrar.

¡Cuántos, me dije, corren por el mundo
Anhelando morir;
Y cuántos, ¡ay! á descansar se fueron
Llorando por vivir!

. . . .
. . . .
. . . .

¡Y al recordarte, amiga idolatrada,
Mi corazón gimió;
Y una lágrima ardiente de mis ojos
Temblorosa brotó!

1900.

¿POR QUÉ...?

¿Por qué mis tristezas te causan enojos;
Por qué cuando el llanto desborda en mis ojos
Tu frente se surca con dura expresión?

¿Y por qué en las horas que el pesar me acosa,
De tu labio escucho blasfemia enojosa,
En vez de apacibles palabras de amor?

Sabes que el Destino me hiere inclemente;
Sabes que abatida yo inclino mi frente
Bajo el peso rudo de cruel sinsabor;

Y sabes que te amo, que sufro, que lloro,
Que paz y ternura sólo á ti te imploro:
¿Por qué me las niegas, mi vida, mi Dios?

1900.

ORO Y PENAS

No envidiaré tu sin igual belleza,
Ni me deslumbra el oro que malgastas;
Pero envidio, te juro, mujer linda,
Tu frialdad, tu egoísmo y tu ignorancia.

¡Ah, tú eres tan feliz! Tú nunca inclinas
Bajo el peso del duelo, tu alba frente;
Tú ríes de las lágrimas y penas,
De esas penas que á mí me dan la muerte.

Raro contraste el nuestro: tú no sufres,
Y en mi pecho el dolor agudo impera;
Para ser *grande* tú precisas oro,
Y yo tan sólo necesito penas.

1899.

TU IMAGEN

Al cuello llevo, en un estuche de oro,
Tu imagen ¡tan querida!
Es mi fiel compañera en los instantes
Tan negros de mi vida.

Ella escucha la queja abrumadora
Del corazón herido;
Y calma mis pesares, recogiendo
Mi llanto y mi gemido.

Tu imagen, siempre dulce, me enardece
Con su inmensa terneza;
Ella, sonriente y cariñosa, borra
Mis horas de tristeza.

1900.

TU AMOR

Tengo un amor enviado de los cielos,
Un amor que es mi dicha, mi ventura;
Un amor que en las horas de tristeza
Disipa mi dolor y mi amargura.

Cual sol que va alumbrando mi existencia
Y dando aliento á la esperanza mía,
Me dice: «El porvenir ya no es sombrío,
Eternamente yo seré tu guía.

Y seré inspiración sublime, ardiente,
Que hará vibrar tu lira enternecida;
Te arrancaré del alma los temores,
Dando á tu corazón calor y vida.

Remontaré tu joven fantasía
Á un mundo de venturas y placeres;
Y murmurando á tu oído dulces frases,
Te haré la más feliz de las mujeres.»

Con este amor, que emana de los cielos,
Me muestro siempre firme y aguerrida;
No me vencen las penas: las ahuyenta
Este amor, que es la vida de mi vida.

1899.

TEU AMOR

(TRADUCCIÓN DEL SEÑOR J. J.)

Tenho um amor que foi dos céos enviado,
Um amor que é minha dita, minha ventura;
Um amor que nas horas de tristeza,
Dissipa minha dôr, minha amargura.

Qual o sol, elle aclara-me a existencia
Dando-me alento, e a esperança um dia
Disse: «O teu futuro ja não é sombrio,
Eternamente q' eu serei teu guia;

Serei inspiração sublime, ardente,
Farei vibrar tua lyra enternecida;
Te arrancarei d'alma vãos temores,
Dando ao teu coração calor e vida.

Remontarei tua joven fantasia
A' un mundo de venturas e prazeres;
Doces phrases dizendo-te ao ouvido,
Seras a mais feliz d' entre as mulheres.»

Con este amor, emanação celeste,
Me sinto sempre forte e aguerrida;
Não me vencem as dõres: as afugenta
Este amor que é a vida de minha vida.

¡SIGAMOS!

Sigamos, ¡oh! sigamos por la escabrosa senda,
Que al fin de estas miserias habrá tiempo mejor;
Tú serás en mi vida la estrella que me guíe,
Yo endulzaré tus días con mi ferviente amor.

Sigamos adelante; no inclines, no, la frente
Porque la suerte, hoy negra, nos hiera: ¡ten valor!
Yo soy mujer y lucho, porque luchando espero
Vencer tanta desdicha, vencer tanto dolor.

1899.

DEL ALMA

Para la eximia escritora peruana Sra. Clorinda Matto de Turner.

Si algún día llegaran á tu oído
Los ayes lastimeros de mi musa,
No rías al saber que joven lloro,
Ni te unas á esa masa que me acusa.

No grites cual los necios que imaginan
Que la pena y horrenda desventura
Mina sólo los viejos corazones,
Porque en la juventud todo es dulzura.

. . . .

Tú sabrás que soy joven, pero ignoras
El secreto terrible de mi pena;
Algunos te dirán que miento: ¡impíos!
No les conduele la desgracia ajena.

1900.

¡NO LLORES MÁS...!

No llores más, poeta,
Y de tu pecho arranca
El dardo del dolor que te consume;
¡Vuelve... vuelve á la calma!...

Si amastes, y, cobardes, te engañaron,
No martirices tu alma
Con el recuerdo de una dicha muerta,
Que la mujer que engaña
No merece ni amor, ni llanto, ni odio...
¡No... no merece nada!...

No llores más, poeta;
¡No llores, que tus lágrimas
Extinguirán la luz de tus pupilas
Y quemarán tu alma!...

Jamás digas al mundo tus tristezas,
Tus dudas y tus ansias;
El mundo no comprende los dolores
Y burla las desgracias...

Sea tu corazón, amigo mío,
Una tumba ignorada,
Que guarde de tu vida los secretos
Y el ataúd de tus lágrimas!

1900.

UN SUEÑO

Formando mil castillos, mil quimeras,
Las horas placenteras
Transcurrieron anoche, vida mía;
¿Recuerdas cuán felices y contentos
Y entre mil juramentos
Nos despedimcs hasta el nuevo día?

. . . .
. . . .
. . . .

Ya dormida, cambiaron mis visiones;
Los recios aquilones
De un tempestuoso sueño me envolvieron;
Mi pecho sollozando se agitaba,
Mi corazón temblaba,
Y estas quejas mis labios profirieron:

«¿Qué vale para mi alma edad tan bella,
Si huyó por siempre de ella
La luz de la ventura y la esperanza;
Y los terribles giros de la pena
Que á mi pecho envenena
Ni un instante me ofrecen de bonanza?

Sin poder mitigar, ¡ay! mis pesares,
Á los crueles azares
De la suerte, rendida me abandono;
Porque mina, abrasando mi cabeza,
La invencible tristeza
Que á mi existir se arraiga con encono.

Busco en vano la amiga cariñosa
Que apacible y gozosa
Quiera calmar mis penas y quebrantos;
Y hallo tan sólo ingratitud y desvío,
Y el inmenso vacío
Que nos traen los terribles desencantos.

Dí á un hombre el corazón y toda el alma,
Y en venturosa calma
Viví feliz creyendo en su cariño;
Inmenso era el amor que me ofrecía,
Y cuando el alma ansía
Gozar, se entrega con la fe de un niño.»

. . . .
. . . .

Sé que me amas con sin igual ternura,
Y esa inmensa ventura
No logra desterrar de mi memoria
Los recuerdos tan tristes de este sueño,
Que con tenaz empeño
Quiso hacer desgraciada nuestra historia.

1900.

LO QUE ANHELO

No es mi afán el afán de los que aspiran
Tener del vate el lauro;
Yo jamás he soñado con la gloria,
Ni me excita el aplauso.

No me importa la voz triunfal que arrancan
Mis versos elegíacos;
No importa que censuren la amargura
Que desbordo en mis cantos.

Sólo anhelo, al pulsar mi triste lira,
Dar á mi alma consuelo;
Y complacer, mi vida, tus afanes,
Brindándote mis versos.

1900.

¡PERDÓN!

Sí, perdonar es creer en lo grandioso,
Es imitar al Redentor divino;
Tú me imploras perdón por lo que hiciste,
Y mi perdón te brindo.

Que sufrí, tú lo sabes; era grande
El sacrificio que mi amor me impuso:
Callar, siempre callar, vivir muriendo
Sin doblegar mi orgullo.

Mas, todo ya pasó; las nubes negras
Que empañaron el cielo de mi dicha,
No volverán, ¿verdad, bien de mi alma,
Á obscurecer mi vida?

1901.

UNA CONGOJA

El egoísmo atroz de algunos seres
Abrió en mi corazón profunda herida;
Y hoy vago por la tierra, siempre triste,
Y á veces, ¡ay! me pesa hasta la vida.

¿Cómo buscar en la amistad del mundo
La dulzura, ¡oh mi Dios! y la bonanza?
¡Qué pueden los extraños á mi pena,
Si los que amaba tanto,
Destruyeron mi paz y mi esperanza!

1900.

¡OH LUNA!

Para ti.

¡Oh Luna! tú que alumbras mis pálidas mejillas,
¡Oh Luna! tú que miras mis lágrimas correr,
Sobre su frente posa tus rayos diamantinos
Y dile que le aguardo, que pienso sólo en él!

Dile que lejos suyo mi corazón se oprime,
Que mi existencia acaba, que horrible es mi aflicción;
Que vuelva, que mi vida es sólo... sólo suya,
¡Oh! dile, Luna bella, ¡cuán inmenso es mi amor!

1900.

OH LUNA!

(TRADUCCIÓN DE LA SEÑORITA N. O. DE LA S.)

Luna, tu che rischiari nel tuo silente viaggio
Queste mie guancie smorte; tu che redi il mio pianto,
Sulla sua fronte posa l'argenteo tuo raggio
E che l'attendo, digli, á Lui pensando, ahi quanto!

Digli che torni: Lui lontano in angoscia crudel
Languo e mi stremo,... che a Lui per sempre tutto il mio cor
Ho dato, tutto!... O Luna bella che sorride in ciel,
Per me l'implora e svelagli il mio immenso amor!

CARCAJADAS Y LÁGRIMAS

—¡Poetas!... dijo un necio, y tras la frase
Lanzó una carcajada;
¡Ay! pobres locos, agregó, que viven
Mártires de sus ansias.
Ellos, soñando siempre, ó se remontan
Á un cielo de bonanza,
Ó blasfeman del mundo y sin consuelo
Dejan correr sus lágrimas.
¿Tienen Dios esos hombres? ¿Quién los guía?
¿Ellos no tienen alma?
¿Quién da forma á sus pobres pensamientos?
¿Quién diz que tienen alas?...

—¡Oh! necio, respondió una voz tan dulce
Como acorde de un arpa;
El Dios de los poetas no es el tuyo,
Ni como tu alma es su alma.
Su Dios es grande, vive allá en la cumbre,
Donde la regia llama
De lo ideal y perfecto siempre alumbra
La fe y la esperanza.

La luz de las estrellas ilumina
        Su cerebro, y sus alas
Son suaves como pétalos de lirio,
        Como la Luna blancas.
Y mientras tú te arrastras por el mundo
        Riendo á carcajadas,
Al cielo los poetas se remontan
Y en el seno de Dios dejan sus lágrimas.

1900.

UNAS FLORES

Á mi distinguida amiga Zoalina Iriarte.

Con dulce galantería,
Un señor muy distinguido,
De flores me ha remitido
Una fresca y blanca guía.

Después de enviarme el regalo,
Según oí, al señor
Le asaltó cierto temor
Juzgándolo un acto *malo*.

Pero sus años son tantos,
Que su obsequio á honrarme viene;
Para mí, un anciano tiene
Muchos y muchos encantos.

¿Acaso no es un honor
Llamar amigo á un anciano?...
Siempre una rugosa mano
Nos ayuda y da valor.

Yo agradezco de verdad
Sus flores, que son tan bellas;
Porque en los cálices de ellas
Hay perfumes de amistad.

1901.

CORAZÓN RESUCITADO

DE JULIETA DE MELLO MONTEIRO. — (Traducción)

Juzguélo muerto: ¡el mísero vivía!
Mísero que, para vivir penando,
Mejor le fuera el sueño dulce y blando
Que no siente dolor, ¡ay! ni alegría!

Preso á las rocas, Prometeo gemía,
Siendo pasto fatal de negro bando;
Mi corazón también se va afinando,
Preso al yugo de amor que lo oprimía.

Ardiente en llamas de su celo ardiente,
Nuevo Otelo, en un ímpetu ferviente
Tienta olvidar quien lo holla día á día...

Mas la barrera cruel se yergue altiva,
Y el muerto resurgido en llama viva,
Fíngese inerte y vive en la agonía.

CONSULTA

DE ANTHERO DE QUENTAL. — (Traducción)

Llamando en torno de mi frío lecho
Las memorias mejores de otra edad,
Figuras que en las noches, con piedad,
Se inclinan á velar sobre mi pecho....

Díjeles: — En el mundo inmenso, estrecho,
¿Vale acaso la pena, en ansiedad
Haber nacido? Digan la verdad,
Pobres memorias que yo al seno estrecho...

Pero ellas perturbáronse, ¡cuitadas!
Palideciendo mucho, contristadas,
Hasta la más dichosa, más serena...

Después, cada una de ellas, lentamente,
Con una risa mórbida, pungente,
Me ha respondido: — ¡No vale la pena!

SONETO

DE ANTHERO DE QUENTAL. — (Traducción)

Sólo por ti, astro aún, y siempre oculto,
Sombra de amor y sueño de verdad,
Divago por el mundo en ansiedad,
Mi propio corazón en mí sepulto.

De templo en templo llevo yo mi culto,
Llevo las flores de íntima piedad,
Veo los votos de mi mocedad
Recibir solamente escarnio, insulto.

Á orillas del camino me senté...
Escuchando pasar agreste viento,
Me dije: ¡que así pase cuanto amé!

¡Oh mi alma, que creíste con quietud!
¿El qué, será vejez y desaliento,
Si esto se llama aurora y juventud?

VOZ INTERIOR

DE ANTHERO DE QUENTAL. — (Traducción)

Embebido en un sueño doloroso,
Que atraviesa fantásticos clarones,
Tropezando en un polvo de visiones,
Mi pensamiento bulle tumultuoso...

Del mar como bramido tempestuoso
Que arroja hasta los cielos sus cajones,
Al través de una luz de exhalaciones,
Me envuelve el universo tan monstruoso.

Un ¡ay! profundo, un trágico gemido
Que llega sin cesar hasta mi oído
Con horrible, monótono vaivén...

Sólo en mi corazón que sondo y mido,
No sé qué son por mí desconocido,
Protestando en secreto, afirma el *Bien.*

MUERTE.—AMOR

DE ANTHERO DE QUENTAL.—(Traducción)

Ese negro corcel, cuyas pisadas
Escucho en sueños cuando ya anochece,
Y, pasando al galope, me aparece
De noche en las fantásticas estradas,

¿De dó viene él? ¿Qué sendas tan sagradas
Y terribles cruzó, que así parece
Tenebroso y sublime, y le estremece
No sé qué horror sus crines agitadas?

Un caballero de expresión potente,
Formidable, en su porte muy prolijo,
Vestido de armadura reluciente,

Cabalga en esa fiera sin temor:
—¡Yo soy la Muerte! el negro corcel dijo...
Responde el caballero:—Yo el Amor!

CREPUSCULAR

Enviando el risueño Febo
Su último beso al paisaje,
Ocultóse lentamente
Tras los añosos pinares.

....

Los azahares se deshojan,
Las rosas blancas se besan,
Y el ambiente se perfuma
Con jazmines y violetas.

Y van cruzando ligeras,
Empañando el azul cielo,
En grupos, las blancas nubes,
Impulsadas por el viento.

Aparece entre las nubes
Alguna pálida estrella,
Mientras canta entre el follaje
El zorzal dulces endechas.

Ya la voluptuosa reina
De la noche se levanta
Y acaricia con sus flecos
Mi frente, ¡ay, tan mustia y pálida!....

¡Cuánta belleza en el cielo!
¡Cuánta poesía en la tierra!
Aquí perfumes y trinos,
Allá nubes, luna, estrellas.

Y ante el sublime paisaje,
Mi corazón, ¡pobre enfermo!
Se estremece, y deleitado
Mi espíritu vuela al cielo.

1900.

INVOCACIÓN

Dime, Señor, ¿por qué quien cree y confía
En tu clemencia celestial, padece,
Y envuelto en negras sombras se estremece
Y hasta de su razón, ¡ay! desconfía?

¿Por qué, dime, Señor, el alma mía,
Si la fe que le inspiras no decrece,
En la onda amarga del dolor se mece
Y su existir es sólo una agonía?

¿Por qué será?... ¡Tal vez el torbellino
Que de crueles espinas mi camino
Ha sembrado hasta hoy, en lo futuro

Será la brisa leda que reclama
Mi alma, y del sol de la ventura, llama
Que alumbre una existencia triste, obscura!

1902.

IGNÍVOMA

Yo he de probarte que la lira mía,
Que bellos himnos á mi amor le canta,
Tiene también terribles vibraciones
Que sin desprecios, sin insultos, matan!...

Yo he de probarte, sí, desventurada,
Que en mi alma, fiel raudal de sentimiento,
Para aquella que cruza en su camino
También hay gotas de infernal veneno!...

Yo he de probarte, sí, que de mis labios,
Do brotan frases de ternura llenas,
Con su voz cadenciosa y triste, puede
Ante el mundo quitarte la careta!...

Yo he de probarte, sí, que no tan sólo
Aprendí á tejer rimas con lágrimas:
Sé también escribir con tinta negra,
Rimas tan negras, como negra es tu alma.

1902.

SUFRE Y CALLA

¡Sufre y calla, mujer, si en tu camino,
Que debió ser sembrado de azucenas,
Sin merecerlo, hallaste crueles penas
Y las terribles zarzas del pesar!

¡Sufre y calla, mujer, si de la suerte
Ya probaste los duros desengaños;
Que á los ojos del mundo sean extraños
Tus instantes de dudas y dolor!

Si tu belleza sin igual no ha sido,
Unida á las bondades de tu alma,
Un lazo fuerte que tan sólo calma
Te pudiera en tus días ofrecer,

No divulgues tu pena: calla y sufre,
Reconcéntrate en ti, confía en el cielo,
Echa sobre la infamia obscuro velo,
Espera resignada y cree en Dios!

1902.

¡LAURELES!

Busca el bardo laureles, é imponente
La idea en su cerebro arde cual pira,
Y arranca entusiasmado de su lira
La estrofa que un laurel brinda á su frente.

Busca fama el pintor; con celo ardiente
Traza la línea que su genio inspira,
Y en su paleta embadurnada mira
Reflejado su triunfo... Audaz, creyente,

En su cincel confíase otro artista,
Y ya en las curvas de la estatua avista
Verdores de laurel, chispas de gloria....

¡Ay! también el soldado busca ardiente,
En el campo do corre sangre hirviente,
El laurel que corone su victoria!

1902.

MI DIOS

Aquí en mi corazón, donde apacible
El bien y la bondad se refugiaba;
Aquí, donde tan sólo se agitaba
La dulce compasión;

Aquí en mi corazón, donde nacieron
De la amistad y amor la ardiente llama,
¡Cómo ruge, mi Dios, cómo se inflama
El desprecio, las dudas y el dolor!

1902.

CREO...

Creo en la luz del astro rey, y creo
En los rayos plateados de la luna,
Y en el claro cristal de la laguna
También mi creencia reflejada veo!...

En el azul de lo infinito leo
El nombre de la fe que ardió en mi cuna;
Y las estrellas me hablan, una á una,
De lo grande, de Dios, y siempre creo!...

Creo en la flor que su perfume exhala;
Creo en el cóndor, que al tender su ala,
Á las alturas se remonta airado!...

Creo, Señor, en tu poder grandioso,
Y en tu clemencia creo, astro radioso,
Que iluminas los mundos que has formado!

1902.

¡MI MUERTA!

Después de una noche terrible de lucha,
¡Oh, noche muy negra!
Con paso inseguro me acerqué temblando
Donde, ¡ay! fría, inmóvil,
Estaba mi muerta.

Tendida en un lecho de brocato y flores,
¡Cuán pálida estaba!
Ceñía su ondeado y oscuro cabello,
De mirtos y azahares
Virginal guirnalda.

Blanco era su traje, y un velo cubría
Su frente de lirio,
Y sobre su pecho sin vida, ya yerto,
Bajo el velo casto
La imagen de Cristo.

Así, con el velo, los mirtos y azahares,
Así te soñaba;
Mas no yerta, inmóvil, rodeada de cirios;
¡Oh no, mi querida!...
¡Oh no, mi Esperanza!

Yo te ví en mis sueños radiante y muy bella,
Vestida de blanco;
Con mirtos y azahares tu oscuro cabello
Feliz te adornaba,
Con tierno cuidado.

Yo te ví en mis sueños con nupciales galas,
Dichosa, contenta....
Mas, ¡ay suerte impía! mis sueños mintieron:
Te he visto de blanco, con mirtos y azahares,
Pero muerta... ¡muerta!

Marzo 25 de 1900.

RIMAS

Desgarraban á mi alma sus lamentos,
Y al escuchar su triste y débil voz,
Que cesaran sus ayes imploraba
Con inmenso fervor....
Mas, después el silencio de la muerte
Oprimía mi herido corazón;
Y entonce á Dios pedía delirante
Escuchar sus gemidos y su voz.

1900.

AZAHARES

Estos azahares son los que adornaron
La oscura cabellera de mi muerta;
Si imprimo en ellos con ardor mis besos,
Consuelo mi alma enferma.

Parece que en sus cálices guardaran
De aquel cerebro amado un pensamiento;
Y en su idioma me cuentan estas flores
Algo de *Ella* y del cielo.

1900.

SÚPLICA Á DIOS

Para mis padres queridos.

¡Señor, Señor, cuán hórrido tormento
Sentir que bate el viento,
Incesante, la obscura celosía!...
Trae á mi mente, el huracán furioso,
El recuerdo penoso
De aquella noche negra de agonía.

Y como una canción lúgubre, incierta,
Tras la cerrada puerta
Siento bramar el vendaval. Me espanto,
Porque creo escuchar, ¡oh! confundido
Con el terrible ruido,
Súplicas, quejas y angustioso llanto!

. . . .

¡Ay! la lúgubre y triste serenata
Que á mi alma timorata
Martiriza, ¡oh Señor! que cese... cese!
Porque el amargo y tan tenaz bramido
Del viento, cual gemido
De alma herida, lo escucho y me enloquece!

1900

AL DOLOR

Sigues siempre mis pasos por el mundo,
Clavando aquí en mi corazón tu garra;
Me persigues tenaz, duro, inclemente,
¡Oh espantoso fantasma!

¿Cuándo te conocí?... Fué aquella noche,
¡Ay! de agonía, de pavor, de ansias;
Envuelto en los cendales de la muerte
Llegaste á mi morada.

Y desde entonces veo á cada instante
Tu faz desencajada;
Tus ojos denegridos siempre fijan
Sobre mi pobre ser, torva mirada.

En las mañanas de mi vida vienes
Á golpear mi ventana;
Me asedias en mis días, y en mis noches
Siempre batiendo estás tus negras alas.

Vives en el perfume de mis rosas,
En los cálices rojos de mis dalias,

En los rayos de luna que iluminan
Mi frente mustia y pálida.

En el murmurio suave del arroyo
Va tu canción tristísima mezclada;
Me hablan de ti las aves trinadoras,
Y la brisa que pasa.

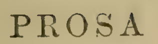
Donde las olas ledas, rumorosas
Se desenvuelven por besar la playa;
En el dulce concierto de los mares,
También tú te levantas.

Ya en el festín ideal de mis amores
La copa que me ofreces guarda lágrimas;
Ya interrumpen mis sueños venturosos
Tus roncas carcajadas.

¡Yo te siento más vivo, más terrible
Rugir aquí en mi alma,
Cuando ya muere el sol, cuando la noche
Hacia la tierra lentamente baja!

¡Yo te siento más bárbaro, más fiero
Donde reina la calma!
¡Allá en el mundo helado de las tumbas,
Donde duermen mi padre y mi Esperanza!

1902.



PROSA

FANTASÍA

Allá, bajo los añosos sauces que besan las márgenes de un lago, se alza una cruz vestida de hiedra. Aquella cruz indica la existencia de una tumba.

Si en las noches de luna pasáis por allí, veréis tendido sobre la fría losa cubierta de flores, un hombre. Viste de negro, es joven, y ya la nieve corona sus sienes.

Llegad junto á él y veréis brillar sobre su obscuro traje, al resplandor de la luna, las gotas de rocío: esas gotas cristalinas son lágrimas que el cielo, conmovido, vierte sobre aquel desventurado.

¡Mirad cuán frescas están las rosas blancas y jazmines que le sirven de lecho: esas flores nunca se marchitan!...

—¿Por qué?

¡Ay! es que sus lágrimas de continuo las refrescan, y esas flores, cual símbolo del dolor, pálidas como sus esperanzas, serán sus eternas compañeras, velando de continuo sobre aquella tumba...

—¿Quién es ese misterioso personaje?

—¡Es un loco!...

—¿Un loco?... ¿Quién ocasionó su locura?

—Os haré su historia: Él era un niño aún, cuando una noche oyó un canto tan sublime, que parecía venir de la región celeste. Era la voz de un ángel que turbaba sus sueños; se aproximó á la ventana de su cuarto y vió flotar ante su vista una diosa cubierta con níveo traje y coronada de azahares; él la llamó ansioso, y ella sonriente llegó hasta él; se comprendieron, fundiendo en una sus almas; ella penetró en su corazón, embargó su cerebro, su ser... en fin, fué su idea, su vida misma. ¡Cuánto la idolatraba y cómo crecían su pasión y su fe cuando su adorada borraba con un beso las negras sombras de su mente!... Él sufría... ansiaba gloria; gloria y lauros para coronar las sienes de aquel ángel querido...

—¿Después?...

—Después aconteció algo atroz. Su ídolo fué herido de muerte; una pérfida mujer no quiso que su dicha fuera eterna...

—La mujer se enamoró del joven... ¿Quién era ella?

—¿Ella?... ¡Ella era la Envidia!

—¿Y la diosa?

—¿La diosa?... ¡la diosa se llamaba Ilusión!

—¿Y el joven?...

—¿El joven?... ¡el joven era un poeta!

1900.

SILVIA

Para mi madre.

I

Llega el triste otoño; sus tibias y calladas tardes despiertan en el alma de los que sufren la terrible melancolía; los desnudos árboles ya no conservan ni despojos de sus sublimes galas primaverales; la flexible enredadera, sin flores, sin hojas, se extiende en el grietado muro cual un manto gris. ¡Oh tristísima estación! Es cierto que no hay tardes más bellas que las tuyas; es cierto que tus noches son las más tranquilas y poéticas; pero, ¡ay! también es verdad que tus brisas siempre llevan consigo el perfume de marchitas flores... de esas flores que cariñosa mano coloca sobre la fría tumba recién cerrada, guardadora fiel de despojos idolatrados.

¡Otoño, cuán tristes recuerdos has dejado en mi mente!

II

La tarde caía lentamente; no sé qué impulso sobrenatural despertó en mí el vivo deseo de abandonar la población; era casi una necesidad para mi anémico cerebro buscar el retiro.

Mi joven y ya surcada frente, precisaba refrescarse con la suave brisa que corre en las extensas avenidas de...

Subí al tranvía. Hastiado por la monotonía del largo trayecto, decidí tomar, como distracción, apuntes para mi cartera, valiéndome para ello de las personas que viajaban conmigo.

¡Qué variedad! Frente á mí, dos jóvenes afanosas charlaban. ¡Pobrecitas! pretendían fijar mi atención, y en verdad que la fijaron; pues, ¡quién resiste á detener su vista en dos mujeres para quienes el Carnaval existe el año entero! Eran dos chillonas *araras*, importadas de la provincia de Matto-Grosso; no tan sólo las miré con marcado interés, sino que hasta arrancaron una sonrisa á mis labios; sonrisa que una de ellas retribuyó con placentero gesto, tomándola, tal vez, como una prueba de simpatía.

Cerca de la puerta, una mujer tosía sin cesar; su traje era tan raído y fino, que bien se comprendía que su mal se agravaba, á pesar de la estación, con la ligereza de su vestido. De cuando en cuando levantaba su vista para

fijarla con ansiedad en cuantos la rodeábamos. ¿Imploraba silencio ó un óbolo para remediar su miseria?... Tal vez las dos cosas; pero, ¿quién, de buenas á primeras, lleva la mano á su bolsillo y, sacando una moneda, la deposita en manos de un ser que dice mucho y no dice nada? Una niña de pocos años la acompañaba; ésta, como su madre, vestía también miserablemente, y el terrible sello del hambre se veía impreso en su triste semblante. Yo contemplaba emocionado este cuadro, cuando el tranvía se detuvo. Como se yerguen las sublimes visiones en nuestros juveniles sueños, así ví levantarse una joven que estaba en mi mismo banco, la cual hasta entonces había pasado inadvertida para mí. Su talle era esbelto, demasiado fino quizá; rostro trigueño y de palidez extrema; su cabello negro, sedoso, y, á pesar de su sombrero, pude ver que se hallaba dividido en forma de *bandeau*, prendido en su nuca con un grupo de rizos; sus verdes y sombríos ojos estaban rodeados de negras pestañas, asemejándose á un círculo de terciopelo.

Al fijar su vista en aquella desventurada mujer que tanto me había conmovido, ví humedecerse sus pupilas; ella tendió su enflaquecida mano y deslizó una moneda en la de la niña; luego bajó presurosamente.

Quedéme perplejo ante aquella benéfica y linda criatura; inmenso interés despertó en mi alma ese ser que se me presentaba cual la imagen del dolor y la tristeza.

III

Muchas mañanas repetí mi paseo por las avenidas de... Muchas noches me sorprendieron en el mismo paraje, y siempre en busca de aquella visión encantadora.

Llegó Marzo. El día agonizaba; y como aquel que ya nada espera, lentamente vagaba por un retirado camino que se extiende á la izquierda de la avenida principal. De pronto divisé á lo lejos una pequeña forma humana; me detuve á esperarla. Cuando se hallaba cerca, reconocí en ella á la niña de los harapos, que en aquella memorable tarde fué mi compañera de viaje.

La niña llevaba en sus manecitas una corona de lirios y rosas blancas.

—¿Ha muerto tu pobre madre?—le pregunté.

—No,—me respondió con voz apagada.

—Entonces, ¿para quién llevas esas flores?

—Para la señorita.

—La señorita... ¿Qué señorita?

—La que vivía allá abajo...

Por mi mente cruzó un terrible pensamiento: la triste verdad se presentaba.

—¡Muerta!... ¿De qué murió?—balbucí con ansia.

—Cuidaba enfermos y uno le contagió el mal.

—¿Qué mal?

—El mismo que tiene mi madre: tisis.

—¡Quiero verla... verla muerta!—grité enloquecido;—yo también le llevaré flores.

—No se puede ver: ella está en la tumba...

Cogí de la mano á la niña, y, echando á correr con ella en dirección al Cementerio, le dije:

—Dime dónde descansa...

Llegamos; en la primera calle se detuvo, diciéndome: «Es aquí.» Sobre aquella fría tumba caí de rodillas, y en medio de un torrente de lágrimas, pude leer: «¡Silvia!...»

Este nombre lo llevaba yo en un relicario desde mis primeros años. Silvia había sido el nombre de mi desventurada madre, de aquella santa mujer que, por librarme de la miseria, me entregó en manos de la divina caridad, mientras mi padre luchaba defendiendo las leyes.

....

¿Cómo había nacido tan violentamente en mi corazón aquel respetuoso afecto hacia Silvia?...

Era que su alma, purificada por la virtud, tenía el fulgor de la santidad.

1900.

CELOS Y RENCOR

Para la distinguida escritora española
señora Eva Canel.

I

—Pero, tú deliras,—decía él desesperado;—tú sabes cuánto te amo y que en ti cifro mi ventura; no me acuses, porque esa injusticia me enloquece... ¿Desecharás esas dudas infundadas?

—No lo sé... yo no iré jamás á fiestas;—y decía esto destrozando sus guantes de baile.—¡Ir, para volver así!...

—Vuelves así porque quieres; tú ves visiones y me acusas cual si fuera un miserable.

—¡Sí, veo visiones! ¿Visión es esa mujer que en todas partes se nos presenta y siempre sonriéndote? ¡Oh! yo no olvido, ni olvidaré jamás, que fué tu prometida durante muchos años, y como ignoro las causas de tu rompimiento con ella, siempre dudaré; luego, para dar fin á estos disgustos, nos quedaremos en casa.

—Hija, te quedarás tú; yo no rehusaré invitaciones por tus caprichos.

—¿Dices que tú irás?... ¿tú irás sin mí?

—¡Sí, iré!—gritó el marido exasperado;—¡iré; tú no me lo impedirás!...

—No me importa; de todos modos...—contestó ella riendo diabólicamente.

—De todos modos... ¿qué?—replicó él impresionado por aquella risa.

—Nada;—y seguía riendo.

Él se aproximó á ella; había durado demasiado la contienda: era necesario hacer las paces.

Todo fué inútil; los celos más horribles se habían desbordado en el corazón de aquella mujer, tan buena y tan dulce hasta entonces.

En el furor de su enojo, ella lamentó su unión, llegando á decir á su marido que se había unido á él amando á otro; que tan sólo el despecho la hizo ser su esposa.

—¡Mientes, mi adorada!—le dijo él, comprendiendo que mentía, y riendo para calmar su ira.

—¡Oh! no miento: ¡te lo juro!...

Aquel juramento oprimió el corazón del marido. Su mujer jamás había mentido; él tenía que creer aquella horrible revelación. Sus labios se soldaron y salió frenético de aquella habitación jurando vengarse.

Á los pocos días de aquel disgusto conyugal, María recibió una carta de su esposo; carta donde le anunciaba que su único hijito

pasaría á vivir con él, en el ala izquierda de su castillo, donde había hecho arreglar sus habitaciones.

Ella lloró amargamente, solicitando de su esposo una entrevista. ¡Quería decirle tantas cosas!... ¡Ah! ¡qué horrible le era la vida alejada de aquel hombre idolatrado! Él comprendió que su mujer vencería y negóse á oirla. Al leer la carta de María, se imaginó que llegaban á sus oídos sus quejas, rogándole que no le quitara su hijito, y ante sus súplicas y lágrimas no estaba seguro de permanecer firme en su resolución.

Desde el día que le faltó el niño, María se encerró en sus habitaciones y pasaba días sin abandonar su lecho, tal vez para ocultar sus lágrimas á la doncella, único ser que la veía.

Una tarde, por casualidad, se aproximó á la ventana y vió, por entre la celosía cerrada, que su marido bajaba al jardín con el niño y que antes de pisar el último peldaño levantó la vista hasta su balcón; ella clavó sus ojos en los de él y se estremeció.

¿Él la veía?... No: había mirado por casualidad, no pasando por su mente la idea de que su mujer le estuviera viendo. La infeliz no lo creyó así, y en aquella mirada se imaginó descubrir un mundo de esperanzas.

— ¡Oh! — se dijo para sí, — me busca; es que se aproxima una fecha en que él no podrá negarse á verme, á pesar de su enojo. ¡Yo no soy un ser despreciable... no pesa sobre mí nin-

guna falta!... El jueves, dentro de una semana, es el aniversario de nuestro enlace; también es el día de mi cumpleaños. ¡Cómo ansío ese día!... ¡Si fuese mañana!...

II

—Señor, he solicitado ver á usted para hacerle presente que la señora está mala; hace cuatro días que apenas prueba alimento; su frente abrasa, y vela toda la noche.

—Agradezco á usted el aviso; mañana á primera hora vendrá el facultativo...

—¡Enferma!...—se dijo, emocionado, una vez que se vió solo;—¡enferma hace cuatro días!... Hace cuatro días fué su cumpleaños, también el aniversario de nuestra boda. ¡Qué feliz era esa fecha en otra época! ¡Con qué alegría la festejábamos! ¡Oh!—murmuró desesperado,—todo ha muerto ya... entre ambos existe una barrera invencible... ¡Ah! si algún día... pero no, ¡nunca!...

Á la mañana siguiente vino el facultativo. Como era preciso salvar las apariencias,—¿para qué enterar á un extraño de las intimidades del hogar?—después de seis meses, Ricardo se presentó en las habitaciones de su esposa. Ni una mirada se dignó dirigirle; ella, en cambio, con afán buscó muchas veces sus ojos.

Largo rato duró el examen médico. Después

de concluído, los dos hombres se encerraron en un saloncito. María quiso saber qué mal era el suyo, y envuelta en un peinador blanco, se deslizó hasta la puerta para escuchar. Supo, entonces, que estaba herida de muerte; su corazón estaba enfermo... muy enfermo, y á la menor emoción ó sacudimiento cesaría de latir. ¡Qué le importaba la muerte! ¿acaso no era preferible á la vida de martirio que llevaba?...

Á pesar de haberle sido negadas muchas entrevistas que solicitó de su esposo, María hizo otra tentativa; esta vez fué más feliz: Ricardo consentía en escucharla.

Á las ocho de la noche franqueó la puerta del estudio de su marido; aquella puerta que tantas noches se esforzó por abrir, hoy sin resistencia alguna le daba paso. Su cuerpo se estremeció violentamente y sintió un horrible pinchazo en medio del pecho.

Ya frente á Ricardo, le hizo conocer sus deseos: quería tener su hijo á su lado, pues con verla sólo un momento cada día, iba perdiéndole el cariño, á tal punto que muchas veces se negaba á visitarla.

—Yo no puedo separarle de mi lado,—respondió él;—lo único que puedo hacer es que pase toda la mañana con usted; el resto del día y la noche serán siempre míos.

—Pero,—objetó ella conmovida,—el niño dejará de amarme...

Él guardó silencio. María continuó:

—No insisto más: se cumplirá lo que usted dispone.

Luego se retiró murmurando quedo:—¡Yo no-le enseñaría á odiar á nadie, sino á amar á quien debe!...

Él tomó como un reproche aquella queja. ¡Cuán cierto era que jamás se había preocupado de enseñar á su hijo que amara á su desgraciada madre! (pues como tal la consideraba, convencido de su inocencia); él podía guardarle todo el rencor que quisiera y odiarla hasta el extremo, pero no debía inculcar al niño estos sentimientos impuros.

María estaba ya en mitad del corredor, cuando oyó un sollozo; se detuvo, y como aquel llanto siguiera, se volvió hasta el estudio, que era de donde partía.

Ricardo sollozaba amargamente, con los brazos cruzados sobre el escritorio, y sobre ellos apoyado su rostro.

Ella se dirigió hacia él; tendió sus brazos hasta rozar con sus manos aquella cabeza idolatrada; luego le llamó por su nombre de pila.

Ricardo enderezóse violentamente, y dando con su cabeza en el pecho de su esposa, la hizo caer; se apresuró á levantarla, pero ella estaba ya de pie.

Quedaron un rato en silencio. Él, con los ojos fijos en ella, vió cuán pálido y demacrado estaba su rostro, cuán hundidas sus sienes y sus ojos... Ya no era aquella risueña mujercita de mejillas sonrosadas, que en otros tiempos llenó de encantos su hogar: hoy se le presentaba cual la imagen de sus remordimientos.

María rompió el silencio:

—¡Oh!... ¿tú sabes que yo mentí?... Te lo juro por nuestro hijito; yo, sólo á ti he amado, Ricardo mío; mi estado te prueba las heridas que ha hecho tu injusto rencor en mi corazón; yo sé, tan bien como tú, que tengo un pie en la tumba; yo le he pedido á Dios la muerte; ya que tú no has tenido clemencia para mí, ¿qué me puede importar la vida!...

Él, delirante, la estrechó en sus brazos y oprimió sus labios, sin advertir que de ellos brotaba espuma rosada. La cabeza de María cayó pesadamente sobre el hombro de Ricardo...

La sentencia del médico se había cumplido.

1899.

ÚLTIMO ADIÓS!...

Doy gracias á Dios por haberme dado recursos para soportar esta pérdida; se ha cortado una rama, pero el árbol está todavía floreciente y puede suplir á ella.

FELIPE II.

Despuntó su varia veste la aurora, permitiendo entrever las hermosas campiñas en su suave cuanto confusa claridad; con su balido tristísimo pretendía saludar la nueva alborada el tierno y guacho borrego; apareció en el levante el risueño sol; cesó el graznido funerario y tétrico de la cantora nocturna; los pájaros templaron sus instrumentos, entonando un armonioso himno de alabanza al astro rey, el concierto matinal continuo; tenue y fresco cefirillo del poniente soplaba, esparciendo en torno nuestro el delicado aroma de las margaritas blancas, mientras que el viejo naranjo abría sus perfumados botones entremezclados con sus frutos de oro.

Comenzó la labor diaria, pero antes prepaláronme el bruto que debía llevarme en mi correría. Era éste un zaino de uno de los peones

de la estancia, un animal voluntarioso y por más señas disparador del barro; prontos ya y dejando á nuestras espaldas la *tranquera*, nos pusimos en camino en dirección á una casa que estaba en lo más alto de la cuchilla, ya bañada por los rayos del sol. Con la rapidez de la luz é impulsada por los fuertes latidos de mi corazón, que concluyeron por darle bríos al voluntarioso zaino, llegamos á los pocos instantes al sitio deseado...

¡Diez años habían transcurrido!... diez años que mis plantas no hollaban aquel suelo, antes depositario de grandes alegrías; allí se deslizó parte de mi niñez, y á la sombra de las acacias blancas, de los pinos y de los paraísos nacieron mis esperanzas y tomaron forma mis más doradas ilusiones; en cada rincón latía un recuerdo; en cada habitación en ruinas una sonrisa inocente: todo se presentaba envuelto en el velo del abandono, de la tristeza. Lo que en un tiempo fué albísimo nido de felicidad, había pasado á ser una tapera olvidada. ¡Cuántos sinsabores, cuánta amargura, agitaciones y desvelos costó cimentarlo y darle lucidez, para que ese obrero de los siglos llamado Tiempo, en pocos años concluyera con su existencia y la de sus iniciadores!

Pedí valor para mi espíritu anonadado, y recorrí palmo á palmo aquel pedazo de tierra que, segura estoy, no volveré á ver jamás; acaricié por última vez el tronco, ya roído, del rosal mimoso que perfumaba la ventana de la

habitación de mis padres; besé frenéticamente el lugar predilecto de mis juegos infantiles, y díles el adiós postrero á las acacias blancas, muertas ya en brazos de la trepadora hiedra; de ésta cogí un gajo, y, dando con él en el anca de mi bruto, nos pusimos de nuevo en marcha.

Mas, al levantar mis ojos al cielo en señal de gracia por haberme llevado hasta allí, percibo que el Maciel me saluda, me hace señas el Pantanoso, y llega hasta mí, asemejándose á un vocerío estridente, el murmullo de los Ahogados. ¿Me reconocerían acaso?...—Sí, en su carrera y á la distancia, quisieron vejarme, gritándome entre sarcásticas carcajadas: «¡Sal de ahí; eso no te pertenece ya!...» Con la ligereza de la culebra cuando le pisan la cola, pretendí protestar con energía, pero el gajo de hiedra se interpuso, señalándome allá á lo lejos un eucaliptus, único quizás que comprendía cuán grande era mi dolor en aquellos instantes. En su cima estaba posado un cuervo, el que con cariño gritóme: «¡Deja una lágrima sobre esas ruinas; da tu último adiós y ven!...»

La hiedra no pudo acompañarme, pues en el trayecto y con el precipitado galope perdíla; ¡tal vez huyó, comprendiendo que á mi lado sólo podía ser alimentada con el riego de mis lágrimas, las que la matarían, así como ella había muerto mis acacias blancas!

1902.

SIBILA

Para ti.

I

Cuando Sibila bajaba la escalinata de la rotunda de la necrópolis, divisó la silueta de un hombre que entraba por la calle principal; caminaron unos pasos y luego cruzáronse en el camino. Carlos pasó indiferente por su lado: iba triste, taciturno; en una mano llevaba un ramo de violetas, y en la otra un paraguas abierto para resguardarse de la neblina que caía. Ella, al encontrarse con aquel hombre que hacía muchos años no veía, tembló como tiembla la débil hoja al menor soplo; sus pálidas mejillas encendiéronse y, bajo el espeso velo que cubría su rostro, rodaron sus lágrimas.

«Ya no es el joven de aquellos tiempos, — se dijo para sí; — hoy es un hombre, pero siempre gallardo, siempre... ¡Dios mío!»

Desechando amargos recuerdos que la ator-

mentaban, se alejó, como siempre, silenciosa y triste.

Pasó una semana y se repitió el encuentro de los jóvenes. Un mismo fin los llevaba á aquel lugar; los dos, con diferencia de meses, habían perdido á sus madres; ella llevaba el luto hacía seis meses, él apenas dos semanas.

Ninguno de los dos hizo alto ante su nuevo encuentro. Carlos ignoraba quién era la joven, y siendo tan común hallar enlutadas en aquel paraje, no reparó que era la misma de la semana anterior. Sibila, en cambio, le conocía; ella sabía quién era él, pero se mostró como una extraña, y sólo de lejos se atrevió á mirarle.

Repitiéndose los encuentros, y en vista de ello, la joven cambió de hora para visitar la tumba de su madre. ¿Qué pasó entonces?... El joven, impulsado por un sentimiento desconocido, cambió también de hora.

Una mañana, fatigado después de un largo é incómodo viaje, Carlos hizo la visita acostumbrada á su querida madre, y después sentóse á descansar en uno de los bancos del cementerio; se leía en su semblante la profunda pena que lo afligía: estaba pálido, y en sus negros ojos las lágrimas habían hecho estragos. ¡Él había amado tanto á su madre!... Hoy se encontraba solo, y nadie, nadie podía llenar el vacío inmenso de su alma.

Ruido de pasos lentos le hicieron alzar la cabeza. Sibila cruzó delante de él; la miró al

principio con indiferencia; pero luego, fijando su atención en ella, no pudo menos de admirar el porte distinguido de aquella mujer; pronto la perdió de vista y luego marchóse sin pensar más en ella.

II

—Toda la vida no ha de cubrir tu rostro ese velo negro; yo admiraré algún día tu belleza, yo oiré tu voz, yo te diré cuánto... cuánto me interesas; no te conozco, no sé tu nombre, y sin embargo me siento unido á ti; ignoro, también, lo que puedo parecerte yo; sólo sé que un dolor idéntico, un dolor inmenso nos ha puesto en el mismo camino...

Así hablaba Carlos, paseándose agitado en su estancia. Hacía un mes que su preocupación continua era Sibila.

Después de aquella mañana en que él fijó, aunque distraído, su vista en ella por primera vez, una tarde paseaba por una de las calles del cementerio, cuando ahogados sollozos llegaron á su oído; miró hacia el punto de donde partían, y vió arrodillada en una tumba á una mujer que lloraba amargamente.—«¿Quién será?» pensó para sí, siguiendo á paso lento por el camino de la salida. No había llegado á la puerta, cuando Sibila pasó delante de él; fijó en ella la vista y se dijo:

—¡Linda figura de mujer! Es la misma que lloraba tan apenada. ¿Quién será?... No es la primera vez que la veo aquí.

Después de aquel día, Carlos siempre la miraba al pasar por su lado, y muchas veces, olvidando aquel lugar sagrado, volvía la cara hacia atrás para mirarla.

En vano Sibila evitaba su presencia cambiando de hora: Carlos la esperaba siempre; ella jamás le mostró que notaba su persecución.

Esa indiferencia, unida á los elogios del viejo sepulturero, despertaron en el joven, primero curiosidad, y luego interés.

— Si usted viera, mi señor,— decía el anciano á Carlos, —¡qué linda y qué buena es la *niña!* Siempre se interesa por el bienestar de mi mujer y el mío; ¡tenemos tantas limosnas recibidas de sus manos! Aquí se gana poco, y con el invierno que vamos pasando, ¡qué sería de estos pobres viejos si ella no los ayudase!...

—¿Nunca te ha preguntado algo que se relacione con mi persona?—preguntóle el joven.

—Sólo una vez *parecía* que me hablaba de usted; recuerdo que me dijo:—«José, si alguien llegara á preguntarte si pertenezco á la familia dueña de esa tumba donde descansa mi madre, di que no, pues dirás la verdad; y, si por acaso descubres mi nombre, no lo digas á nadie... á nadie, ¿oyes?» Yo comprendía que al decir *nadie*, ella sólo se refería á usted.

—¿Por qué ese misterio?—se preguntaba el joven con amargura.

¿Y qué se decía Sibila cuando pensaba en Carlos?... ¡Ah, tanta... tanta cosa!...

Ella le amaba hacía tiempo; él había sido su único amor; él, su Carlos, por quien había luchado años enteros contra la más cruel é injusta oposición de su madre, de aquella madre que soñó verla unida, no á aquel niño de cabellos rizados como era entonces el joven, sino á un hombre inmensamente rico que podía ser su padre.

III

Por el camino que baja al mar, á la izquierda de la necrópolis, iba con paso apresurado una mujer de luto. ¿Qué objeto podría llevarla con aquella tarde horrible á aquel paraje tan solitario y peligroso? Indudablemente era la primera vez de su vida que sus delicados pies hollaban aquel camino áspero, lleno de zanjas.

Resguardada de los vientos y de las olas del mar por dos inmensas rocas, había, al final de aquel camino, una humilde y vieja casita. La enlutada llegó á ella y llamó á la puerta, acudiendo á su llamado una anciana.

—¡Se muere, se muere mi José!—murmuró la pobre vieja, en tanto que conducía á la visitante al interior de la casa.

La recién llegada, con paso lento se dirigió al dormitorio del anciano moribundo. En ese ins-

tante un hombre se disponía á dar al enfermo la poción recetada por el médico.

—Ayúdeme, señora,—dijo el enfermero, creyendo que la que entraba era la anciana.

La mujer reconoció aquella voz; sintió correr un frío por todo su cuerpo; pero resuelta se aproximó al lecho, levantando la cabeza del enfermo para que bebiese.

Una voz, ronca por la emoción, dijo muy quedo:—¡Sibila!...

¿Qué pasó después?... Ella quedó mustia, silenciosa, con los ojos fijos en el suelo; él, silencioso también, la miraba con asombro, y de sus ojos brotaron algunas lágrimas. En un segundo, aquel hombre, que había sido bastante ingrato con la joven olvidándola, recordó el pasado: la imagen querida de su madre muerta se le presentó; le parecía sentir sobre su cabeza su cariñosa mano, como cuando le acariciaba para calmar la pena que le causaba aquel amor contrariado.

También á la mente de la joven acudió el recuerdo de su difunta madre; y ese recuerdo fué tomando forma, pero forma distinta á la que había tomado la madre de Carlos.

Sibila vió la figura altanera de su madre que la asediaba con enojos; creyó oir su voz demandándole una explicación por su presencia allí, ante aquel hombre que había odiado en vida por haber sido él quien contrarió sus planes; y la joven, lanzando un grito desgarrador, cayó de rodillas, ocultando su ros-

tro entre las miserables ropas de aquel lecho.

Entretanto el moribundo levantó la cabeza; sus ojos, inmensamente abiertos, ya casi sin luz, se posaron en Sibila, luego en Carlos; tendió su brazo hasta poner su crispada mano sobre la cabeza de la joven, y haciendo un último esfuerzo, con su otra mano estrechó las de Carlos.

El peso de aquella mano helada estremeció á la joven, haciéndola erguirse con violencia; miró atónita al anciano y preguntó á Carlos:

—¿Muerto?...

—Sí,—respondió el joven emocionado.—¿Has comprendido sus deseos?... ¡Cumplamos su voluntad!... ¡En su tumba ha renacido nuestro amor!

19.0

EL BESO DE JUDAS

I

Marta de X... pertenecía á una antigua y distinguida familia. Arruinada su madre después de su viudez, se había dedicado ella misma á instruir y educar á su hija, pues sus escasos recursos apenas le alcanzaban para vivir.

La joven contaba unos veinte años, y con la fe y poca experiencia de su edad, creía á sus amigas sinceras y buenas como era ella.

Una noche fué á casa de su predilecta amiga Ema Q...; ésta se hallaba de sobremesa aún; pero, dada la amistad que existía entre ellas, la joven, sin hacerse anunciar, llegó hasta la puerta del comedor. Ya iba á penetrar en él, cuando un viejo criado salió á su encuentro diciéndole:

—Perdone, señorita, pero espere: voy á anunciarla.

—No hay necesidad,—contesta ella riendo; —guarda las ceremonias para otras: para mí están de más.

—Lo sé, señorita; pero mire... yo no desearía... ¿Oye cómo ríen?...

—Sí: ¿tiene algo de particular?

—Que rían, no, señorita; pero, escuche... no entre: se van á sorprender.

—Dime, ¿has perdido el juicio, Juan, ó te han dado orden de no dejarme entrar?...

La joven aquí cortó el diálogo é iba á entrar, cuando de nuevo el viejo y fiel criado la detuvo, repitiéndole:

—No entre, mi señorita; escuche cómo hablan y ríen; perdone, pero mis señores se burlan de usted; dicen que su cuadro...

El criado no dijo más, pues se oyeron pasos de alguien que se aproximaba.

Marta penetró entonces en el suntuoso comedor algo desconcertada, pues las palabras de aquel viejo criado, que antes había servido á su familia, á pesar suyo se habían clavado en su corazón como saetas.

—Te esperaba con impaciencia,—le dijo Ema abrazándola;—creía que hoy me faltaría la dicha de verte á mi lado.

Marta la miró con atención. Su semblante estaba encendido y sus palabras salían confusas de sus labios; los demás de la rueda estaban perplejos.

¡Pobre joven! Comprendió que no había sido engañada. El criado era más sensato en medio de su ignorancia, pues le había querido evitar un disgusto que aquellas falsas amigas le preparaban, burlándose de un cuadro suyo que

estaba sobre el sofá, y que esa tarde le había mandado á Ema para que le hiciese unas pequeñas correcciones. Ella no tenía profesores, pues era muy pobre, y gracias á su afición y talento había aprendido á manejar con arte el pincel. Es cierto que su amiga solía dirigirla, pero esto no hacía que sus obras fueran de mérito: el mérito se lo daba ella sola.

Después de varios segundos, dijo la señora dirigiéndose á la joven y señalándole el cuadro:

—Está soberbio, Marta; es la obra más linda que has hecho: ¿por qué no lo exhibes?...

—¡Qué ocurrencia, señora! No vale nada y sólo la sincera amistad de usted puede verlo soberbio.

Estas palabras, dichas con naturalidad, hicieron su efecto; la joven lo comprendió, viendo cierta turbación en sus amigas; luego dijo, riendo con ironía, ironía que jamás había puesto en juego:

—¿Exhibirlo?... ¡Qué locura!... ¿No es un *mamarracho?*

Todas guardaron silencio: sospechaban que algo había oído al entrar.

El resto de la velada se pasó tocando el piano y cantando.

II

Después de muchas noches, Marta volvió á casa de sus amigas. Fué recibida por éstas con manifestaciones y frases de cariño; pero desgraciadamente ya no llegaban esas lisonjas al corazón de la joven.

—¡Cuántos días sin venir!—le dice Ema con fingida tristeza.—¿Has estado enferma, querida mía?... Ahí están tu pincel y tu lienzo llamándote; poco adelantarás así, y la maestra puede enojarse.

—¿Te parece á ti eso?... Pues mira, no he perdido el tiempo: tu discípula se ha vuelto muy audaz, y para probártelo vengo á buscarte; tenemos que ver algo.

—¿Sí, es tuyo?...

—No sé, curiosa; ponte el sombrero y vamos.

Ema no se hizo de rogar, y á los pocos minutos estaban lejos de su casa y próximas á la exposición de cuadros de la calle Florida.

—Entremos,—dijo Marta ya en la puerta.

—¿Cómo? ¿es aquí donde está la sorpresa?

—Sí; entremos.

—¿Y qué me vas á mostrar?

—Esto... ¿te gusta, querida mía?...

—*¡El beso de Judas!*... ¿Tú lo hiciste?—dijo Ema leyendo la firma de un hermoso cuadro.

—Sí, y lo he hecho para ti.

—Lo expones... ¿No temes á la crítica?

—¿La crítica, dices? Si ella es portadora de un sano consejo; si por medio del precioso arte pictórico se me indican los defectos de que pueda adolecer este *mamarracho*, la aceptaré gustosa y agradecida; pero si esa crítica no tiene fundamento artístico, si sólo la guía el móvil de herir, de pretender ridiculizar por el solo hecho de ser su modesta autora una aficionada, esa crítica sólo reposará en la maledicencia y formulará reproches que me enaltecerán ante los ojos de mis iguales, haciéndome decir para mis adentros: «Mientras los perros se entretengan en destrozar esa tela, mi pellejo se verá libre de la herida de sus colmillos;» es el primer trabajo al óleo que hago, y será el último; no dudo que llamará la atención el capricho mío por haber elegido un pasaje de falsía para obsequiar á una amiga; el qué dirán los demás, nada me supone ni aflige. Yo sólo deseo,—agregó después de una pausa,—que tú comprendas su verdadero significado.

1899.

TRINIDAD

NACER.

Nace el sol, y en su invariable carrera le acompañan los astros todos. Nace el día: nos brinda su luz, nos ofrece sus alegrías. Nace la flor: despliega su corola para deleitarnos con sus perfumes. Nace el árbol: crece y espera su lozanía. Nace el cariño indefinible de la virtuosa madre junto á la cuna del infante, y por instinto de sangre, surge un nuevo nacimiento: el cariño filial, que rara vez compensa y reconoce la grandiosidad del primero. Nacen las ilusiones róseas, las ansias, los deseos y las coloridas y risueñas esperanzas, y, en pos de éstas, también nacen la duda, el engaño, el dolor, la infamia, la traición; y surgen las tinieblas, las aterradoras sombras que ocultan con su invisible túnica, ilusiones de otrora, recuerdos dulces y... pesares que afligen y matan ocultamente.

Sólo la esperanza irradia el alma aun en instantes de desolación; pero ¡cuántas veces

fuera preferible no haberla conocido!... pero para ello fuera menester no haber nacido.

Vivir.

Vive Dios; ¡y cómo dudarlo, aunque muchos han osado probar su inexistencia! Esos muchos tan sólo han llegado á estrellarse en falsas teorías, absurdas suposiciones y descabelladas hipótesis. Vive la flor fragante y bella, y luego nos ofrece su fruto y semilla. Vive el frondoso árbol, y nos guarece bajo su verde ramaje. Vive la madre cariñosa, y junto á ella el adulto esperanzado, con placentera sonrisa en sus labios, con brazos fuertes para soportar las luchas y trabajos de la vida; con un cerebro ardiente y claro para meditar, y un corazón para sentir sensaciones por lo santo, por lo noble y por lo caballeresco... Viven la caridad, la conmiseración, la gratitud, la complacencia. Viven la ingratitud, el egoísmo, la envidia, la calumnia, la hipocresía y las grandes bajezas, con un antifaz que les oculta toda la perfidia que han derramado en su camino, esperando el consabido *perdón*, para luego abandonar la vida. Y, para vivir confiando en la careta que más tarde cubrirá tanto bochorno y desvergüenza, sin haber dejado una sola semilla de virtud; para vivir esperanzados en una ventura, en la paz que rinde al fin todo

dolor inmerecido, más valiera no haber vivido jamás!!

Morir.

Muere el sol. Muere el día, y con él mueren profundas ideas, pensamientos luminosos, infinitos encantos, esperanzas, ilusiones róseas. Muere la noche, y muere esa infinidad de mundos centellantes que la acompañan.

Muere la virtuosa madre, dejando en su sucesor las bondades, su cariño, sus virtudes. Su jornada ha terminado, pero lleva la satisfacción del deber cumplido, pergamino ideal, valioso, que le basta para recibir de Dios el agasajo que brinda á aquellos que en la tierra no han quebrantado sus máximas retrocediendo hacia lo impío... Los huracanes desgajan el frondoso árbol; y su tronco desnudo muere roído por el tiempo. Muere la flor, y su fragancia muere también perdida en los aires... ¡Y allá en la tumba helada, van á morir todos los vicios, todas las infamias; y allá en la tumba helada, van á morir todas las ingratitudes, todas las falsías, toda la perfidia!

1902.

UNA VENGANZA

Allá en lo alto de la cuchilla había una casa de negocio conocida en los alrededores por la *pulpería del Bonito.* Era su dueño un italiano con pretensiones de criollo, viejo bonachón que pisaba los setenta años de edad. Sus grandes patillas blancas y una festiva cara con picarescos ojos muy azules, que siempre tenía en juego, dábanle un aspecto gracioso y atrayente. Era además hombre correcto en sus negocios, afable en su conversación y *mano abierta* para todos los desgraciados que á sus puertas llegaban en busca de un socorro. Cuando algún menesteroso se presentaba en su tienda solicitando sus auxilios, nuestro hombre lo contemplaba primero con mucha atención, y después de oirlo con marcado interés, tomaba un aire de gravedad, y acariciando sus luengas patillas, decíale en mal castellano:

—Mira, si vienes á pedirme porque sí señor, sólo te daré un buen plato de comida; pero si en realidad no trabajas porque no hallas

en qué ocuparte, pasa al fondo y te daré algo; te entretendrás envenenándome una *partidita* de cueros, y si tu inteligencia no te da para eso, te pones á desgranar maíz. Conque ya sabes: queda á tu gusto el trabajo, y manos á la obra!

....

Un primer domingo de mes, y después de las carreras del día, en que un joven estanciero vecino de la pulpería y de fama bien sentada en el *pago*, le había corrido un potrillo malacara á don *Bonito*, obteniendo el premio, que consistía en cinco doblones, se festejó el triunfo con un baile, para cuyo efecto se invitó á los vecinos más próximos. Llegó la hora señalada para la fiesta; el baile comenzó al compás del acordeón y una bien templada guitarra.

Vistosos trajes lucían las jóvenes: el almidón estaba en su apogeo. Cuando la música cesaba, se oían los *ayes* del percal y la cretona de los vestidos almidonados, que parecían de papel; pañuelos de seda punzó y celeste, adornaban los cuellos de las muchachas, y en sus negros cabellos no faltaba la moña del color de su *divisa*.

En la pieza contigua á la sala tenía gran tarea don *Bonito*, destapando botellas que él llamaba de «vero vino d'Elba». No faltó quien insinuase á don *Bonito* que debía obsequiar á las damas, y atendiendo la indicación, tomó una bandeja, donde colocó tres vasos, una bo-

tella de licor de rosa y una jarra con agua; recorriendo la sala con todo esto, hacía beber á todas la dosis que les presentaba. Inútil me parece decir que en aquellos tres vasos bebió la veintena de mujeres que allí se encontraban, y que el resto del agua que dejaba cada una, iba á parar al piso de ladrillo.

Entre la mayor alegría continuaba el baile; los únicos que de vez en cuando protestaban eran los pobres músicos, pues ya estaban extenuados y rendidos de sueño; pero la reunión no pensaba en dispersarse. De pronto, y en momentos en que se daba fin á un pericón con relaciones, se sintió el galope de un caballo que venía por el camino real. Dos paisanitos abandonaron la sala y se dirigieron á la enramada, algo recelosos por el galope aquél y para saciar su curiosidad, propia de la gente de campo.

....

Tres detonaciones seguidas una tras otra, interrumpieron el baile.

¿Qué había ocurrido?

El jinete que momentos antes pasara á todo galope por el camino real, á una distancia prudente de la pulpería había cortado campo para llegar hasta ella sin ser visto; en seguida se bajó del caballo y se acercó á la casa caminando por el maizal. Era éste un paisanito de veinte años, de tez bronceada, nariz algo aplastada y abierta, ojos vivaces muy negros y pequeños, pómulos salientes y cabello muy obscuro.

Cautelosamente llegó á la enramada, ocultándose tras de una pila de leña; allí permaneció en acecho hasta que cruzó á pocos pasos de él otro hombre, joven también, de rostro altanero, con modales de aristócrata, aunque vestido con traje de campesino. Al verle, el paisanito desenvainó su daga y, de un salto, la sepultó hasta el mango en su pecho, diciéndole: «¡Llegó la hora!»

Los otros paisanos que habían salido por curiosidad al oir el galope del caballo, viendo aquella escena, sacaron sus armas de fuego y las descargaron sobre el asesino; pero éste, con la misma rapidez con que cometiera el crimen, saltó sobre el lomo del potrillo de don *Bonito*, que estaba ensillado, y aflojándole las riendas, fué á perderse entre las sombras de la noche.

....

Á media legua de la *pulpería del Bonito* estaba situada la estancia de «Las Acacias»; el hijo menor de su dueño, estaba al frente de ella. Criado aquél en la opulencia, y acostumbrado á imponerse, por no haber encontrado nunca resistencia á su voluntad, se había convertido casi en un déspota, tratando á sus peones, y particularmente al más joven de ellos, que tenía por apodo *el indio*, con duras palabras. Una tarde, en una gran hierra, porque *el indio* no se apresuró á servirlo, cruzóle la cara con la azotera de su rebenque. — «Me vengaré», dijo para sí el ofendido.

Dos años habían transcurrido, y en el corazón del *indio* ardía más y más la sed de venganza. Quiso la mala suerte que llegara á aquellos *pagos*, en compañía de su familia, una joven de humilde cuna, pero de extraordinaria belleza. *El indio*, que no había amado hasta entonces, sintió por ella todo el fuego de una pasión sin límites; mas, ¡ay! que también su *patrón*, con un fin nada noble, dió en cortejar á la joven. Ésta, alucinada por su posición y sus maneras, fijó sus miradas en él.—«*El indio* poco vale, es feo y sólo tiene un triste salario,» se decía para sí.

El *patrón* le hacía buenos presentes; montaba los caballos más lindos de todo el *pago*, y ella lo conocía desde lejos, porque cuando asomaba en la cuchilla, brillaba con el sol la *plata* de su recado.

....

Mientras *el indio* perdíase entre las sombras de la noche, después de haber vengado sus ofensas, su *patrón* yacía inmóvil, tendido sobre un charco de sangre, bajo la enramada; junto á él veíase una mujer pálida, horrorizada ante aquel cuadro, y el silencio de aquella noche era sólo interrumpido por los sollozos de un anciano: era el dueño de la *pulpería del Bonito*.

1902.

BREVES

Una mujer inteligente, educada y noble, es carga demasiado pesada para un hombre trivial, necio y vano; una mujer ignorante pesa á todos y á veces hasta á sus mismos padres.

Donde nace una infamia; donde vive la falsía, la traición; donde muere la dicha y la tranquilidad, ahí está disfrutando una mujer!

La mujer que fué hecha por el cielo para lo noble, lo grande y santo, al trocar su misión en la tierra sembrando la discordia y el mal, de criatura humana se transforma en reptil.

¡Qué largo parece el tiempo que nos separa de la ventura anhelada, y qué breve el que nos lleva á un dolor!

¡Cuánta ventura encierra el mundo de los sueños! Dormidos, vivimos en otra vida; despiertos, nos rodea la tosca realidad; lo que más respeto me infunde, es el sueño ajeno.

Quien cree en la existencia de un Ser Supremo; quien se rinde á la fe de sus Evangelios, no puede abrigar en el alma un solo sentimiento de maldad.

Muchas y muchas veces se llora bajo las sagradas bóvedas del templo, postrado ante la cruz é impulsado por el grandioso sentimiento de la fe; y muchas veces, allí mismo se ríe, al compás de los agitados golpes que algunas mujeres se dan en el pecho.

Los que al hablar de la mujer lo hacen con ridículo énfasis, desconociendo sus muy muchas virtudes, debieran, antes de pretender mancillar su sexo con torpes *banalidades*, pensar que lo único verdadero y legítimo que tienen es la madre.

Si Dios, al formar el Universo, les dió á algunos hombres talento, sin otorgarles el monopolio de éste, y á las mujeres las coronó con las espinas del sufrimiento y de la resignación, faltándoles á los unos lo que les sobra á las otras, ¿en qué consiste la equívoca cuan tonta pretensión de la superioridad de los primeros sobre las segundas?

Muchos hombres, al oir hablar de las buenas cualidades de la mujer, hacen muecas de disgusto; otros muchos se enfadan, y los más se muerden la lengua impulsados por la mez-

quina condición llamada personalismo masculino.

Juzgar á las mujeres en general con dureza, es el privilegio de los grandes ignorantes: fuera lo mismo que llamar asesinos á los hombres todos, por un crimen cometido.

No son cantidades el dolor, el cariño y todos los sentimientos, por no ser susceptibles de peso y medida; por lo tanto, es asaz aventurado, sin que medie el convencimiento, llamarlos fingidos.

No se es mejor religiosa por las muchas veces que se penetra en un templo. ¡Cuántas hay que lo visitan con bastante frecuencia y en cada una de esas visitas lo profanan con la crítica, la mofa ó prestando oídos á las palabras de sus galanes!

Existe demasía de cinismo en ciertas mujeres al tratar de *títeres* á los hombres que tienen la debilidad de festejarlas, si luego han de recibir en público sus ofensas y hasta sus burlas con la más exquisita satisfacción.

La ostentación de una bajeza, así como la audaz mofa hecha á una mujer, son la prueba convincente de la obscura estirpe de su autor.

No todo lo que nos brinda un gran placer

es una felicidad, ni todo lo que nos ofrece un gran dolor es una desgracia: lo primero puede arrastrar hondos sinsabores, en tanto que lo segundo puede servir de lección inapreciable para el futuro.

Aquellos hombres que por mero placer ó falta de delicadeza dan pasos en falso, debieran mirar bien á fondo si con ellos no comprometen á la mujer que, ante la sociedad y por sus méritos y condiciones, es digna de toda estimación.

Si en el criterio de ciertas mujeres no penetra luz suficiente para librarlas de actos ridículos, debiera existir más caridad en los hombres que pueden remediar esas faltas.

Una decepción, por menos cruel que sea, es un ¡alerta! para lo sucesivo.

No son los muchos años los que algunas veces sirven de maestros, sino los actos de aquellas personas con que se tropieza en el camino de la vida.

¿No les fuera mejor á ciertas mujeres cometer menos pecados que confesarse tan á menudo?

Querer arrancar la dicha á una mujer de irreprochables condiciones, por medio de actos

vergonzosos y bajezas, es medir con *metro muy corto* la cultura é inteligencia del hombre que se pretende.

Los que miran en el matrimonio el interés del *vil metal*, haciendo caso omiso de las virtudes, debieran llamarse, en vez de pretendientes: «*Bons viveurs*».

Pecar con la esperanza del perdón, es profanar la ley del cielo.

La caridad verdadera no consiste en la ostentosa limosna dada en público al menesteroso: debe extenderse, emanando del alma, á todas las miserias de la vida.

Sobre los favores concedidos, el velo del olvido.

¡Cuántas veces se busca, tras de la corona nupcial, el talego de oro! Los que así proceden están sujetos á dos voluntades: á la de su mujer y á la del dinero.

Quien á sí mismo no se ama, mal puede amar á sus semejantes.

Es indudable que el dinero puede ser factor importante para la felicidad; sin embargo, muchas fortunas no alcanzan para llenar el vacío del alma de aquellos que la poseen.

1902.

UNA RELIQUIA

En la muy histórica y reconquistada ciudad de San Fernando de este suelo uruguayo, existía en su única iglesia, y quién sabe desde qué fecha, un San Antonio de Padua, confeccionado en el país de los *Incas*, entre el oro y la plata del Cuzco, que no alcanzó á satisfacer al ambicioso Pizarro; donde llegan las brisas del profundo y bravío Pacífico, que se agita rumoroso, altivo y potente; bajo el claro cielo que cobijó al último y noble soberano Huaina-Capac y á sus infortunados descendientes Atahualpa y Huáscar; en la hermosísima ciudad cuyas riberas son bañadas de continuo por el poético Rimac. Allí recibió nuestro San Antonio la primera veneración, la primera plegaria, y allí también quizás hizo su primer milagro. Esta imagen no es una obra de arte: hecha de un tronco de madera dura, y que por su misma dureza el tiempo no ha corroído, no desmiente su antigüedad; pero ¡loado sea el autor español que pudo en aquella época, en que de fijo no tendría herramientas adecuadas para lucir todo su ingenio, en-

galanar al santo con una tan festiva como graciosa carita, que hasta hoy conserva con la misma frescura del primer día!

Cómo llegó á nuestra patria y quiénes lo trajeron, no sabría decirlo; pero es de suponer que fuera traído en alguna expedición española, siendo donado á la iglesia referida, donde permaneció hasta que hubo llegado el bochornoso día del 28 de Octubre de mil ochocientos seis, fecha en que una fuerza del ejército británico, procedente del Cabo y al mando del teniente coronel Juan Jaime Backhouse, se apoderó de la ciudad de San Fernando, convirtiendo su iglesia en cuartel general y «saqueando y cometiendo con su vecindario todo género de actos reprobados por el derecho de gentes y la moral pública (1).»

El reverendo cura párroco en aquel entonces, temeroso de que se apoderasen de las reliquias sagradas, dándole á San Antonio por vivienda el coloso Plata, antes de efectuarse el atropello al templo católico, repartió entre las familias oriundas de la ciudad, las imágenes que adornaban hasta entonces la iglesia. Cúpole la suerte de recibir á San Antonio, á la virtuosa señora doña María Estremera, quien lo libró de la furia de los invasores y retuvo en su poder hasta que se presentó la oportunidad de traerlo á la capital, donde hace más de

(1) Orestes Araújo: *Diccionario Popular de Historia de la República O. del Uruguay.*

tres cuartos de siglo que se hospeda, y aunque lejos, muy lejos de su albedrío, no por esto deja de hacer sus milagros; sin exigir, para otorgar los pedidos que se le hacen, manuscritos de buena ó.... mala caligrafía; razón por la cual tiene muchos devotos fervientes, que en su fausto día le visitan, suplicando sus buenos auspicios para la pronta y muy eficaz realización de sus anhelos y esperanzas; y si en alguna condición supera á otros santos, es en la de que no siendo partidario de la devoción con *interés*, se abstiene de conceder á sus devotos tan sólo dos cosas: novios y dinero.

1902.

UNA PROMESA

Para mi padre.

HILDA

Era una de esas tardes en que á la bóveda celeste no la empañaba ninguna caprichosa nubecilla; tarde tranquila, en que sólo se oía el murmullo de la corriente del río acompañado del triste canto del zorzal que, saltando de rama en rama, buscaba donde pasar mejor la noche; el horizonte, cubierto con su manto de grana, daba las últimas señales de un hermoso día de primavera.

Sentada en una roca, junto á la orilla del río, se hallaba una joven; era esbelta, de porte distinguido, de tez morena, pálida y de ojos negros. Vestía elegante túnica blanca.

Sus grandes y hermosos ojos, fijos en la corriente, y su pensamiento lejos... muy lejos de allí; su rostro, un tanto demacrado, indicaba días de horrible lucha, noches de insomnio y sufrimientos.

De pronto, retumbó en el bosque el lejano estampido de un tiro de escopeta.

La joven se puso de pie, miró á izquierda y derecha, y no viendo á nadie, volvió á sentarse; pero breves instantes después, sintiendo ruido de pasos que se aproximaban hacia ella, volvió el rostro, y fué grande su sorpresa al ver cerca de ella un joven cazador.

Bajando con presteza de las rocas, quiso huir; pero era tarde.

El joven llegó hasta ella y le tendió la mano; luego, arrancando del fondo de su corazón profundo suspiro, exclamó:

—¡Hilda!... Hilda, ¿vos así?

—Sí,—replicó ella;—¿qué hay?

—Seis meses han transcurrido sin vernos, sólo por vuestros caprichos; y ¿éste es el recibimiento que me hacéis?... Dicen que el primer amor jamás se olvida, que vive firme en nuestra memoria y deja profundas raíces en nuestro corazón; si me amabais tanto y vuestro amor era el primero, como me lo asegurabais, os suplico que me digáis si alguna vez, por ventura, me recordasteis después de nuestra última separación. ¿Nunca visitan vuestra mente los recuerdos de aquellas horas de dicha inmensa, que juntos pasamos? ¿por completo lo habéis olvidado todo, todo... mientras yo lo conservo aún en mi corazón con el ardor y firmeza del primer día?...

—Lo pasado,—dijo ella con serenidad,—¿quién lo recuerda?

—Bien me lo habían dicho: jamás me amasteis; fingisteis un amor por mero capricho, propio de vuestra edad, y, tal vez, por no ser menos que vuestras inseparables amigas: ¿verdad? ¡Lo sé todo, hace tiempo! ¡Me engañasteis, me colocasteis alas para remontarme á lo ideal, á un mundo de venturas y esperanzas; y yo os creí, porque os amaba con la fe con que se ama á Dios, con esa fe sublime que todo lo idealiza!... Cuando me visteis alto... muy alto, os dió pena mi credulidad, ó tuvisteis miedo, creyendo, sin duda, que mi inmenso amor hacia vos usaría de derechos que os quitaran la libertad, y culpándome por una ligereza de mis años, sin una explicación, sin una queja, huisteis de mí, viniendo aquí junto á vuestra madre, no á llorar una pena, sino á expiar vuestro gran pecado. ¡Os fuí infiel, os engañé aparentemente, sólo un día!... Si por esto me veo castigado con crueldad, ¿qué merecéis vos... vos que me hicisteis vivir soñando con un mundo de delicias, enloqueciéndome con mentido amor, cuando, ¡ay! jamás pensasteis amarme?... ¡Cuán tranquila me escucháis! No vienen á vuestros labios palabras de excusa ó defensa. ¡Oh, nada os impresiona! Las rocas se estremecen y empapan en lágrimas del cielo cuando la ruda tempestad se desencadena sobre la tierra; á vos nada llega á conmoveros; los dolores ajenos no hallan eco en vuestro corazón; ¡ay! ni el fuego de mi pasión inmensa templa vuestra helada alma; ¡no sois mujer,

no sois nada... sólo sois humo... humo del fuego del infierno!...

—¡Cuán lejos habéis ido! —dijo la joven con temblorosa voz;— mas, todo lo perdono. ¿No creéis que os he adorado con toda la fuerza de mi alma y que aún os a....?... pero no,—replicó con delirio,—¡olvidadme... mas no demasiado pronto!...

Diciendo estas palabras, corrió con velocidad hacia su casa. Él, en el colmo de la ira y el desprecio, la dejó alejarse, mirándola y riendo sarcásticamente.

LOCA

Pocos meses después, Hilda se hallaba en el balcón de su casa. Era el anochecer. De pronto miró hacia el suntuoso vestíbulo, donde sus padres estaban sentados en mullidos sillones, contemplando gozosos á sus pequeños hijos, que jugaban á su lado. Por las mejillas de la joven se deslizaron gruesas lágrimas, y con voz quejumbrosa se dijo para sí: «¡He ahí á lo que está reducida toda mi dicha!...»

Dió la espalda á tan deliciosa escena y siguió de esta suerte: «¡Qué vale para mí la opulencia; qué vale el clamoreo de esa ola mundana que me admira y adula; qué vale todo... todo, si vivo muriendo!... ¿Pueden llegar halagos hasta el fondo de mi corazón,

que muere de pena? ¡Oh, no!... ¿Por qué, Dios mío, robasteis mi ventura; por qué habéis muerto para siempre mi juvenil esperanza?... ¡Silencio!... no debo blasfemar. Yo lo quise así, y así ha sido; no tengo ni el derecho de consolar mi corazón, desahogándolo con quejas; yo fuí ante el altar de Dios, y en cambio de la reconciliación y dicha de mis padres, ofrecí aquel amor, que era mi vida; aquel amor en que con ciega fe cifraba mi ventura. Hoy, viendo correr al hombre idolatrado tras nuevas estrellas, sin hacer alto ante mí, mi pasión se subleva. ¡Cuántas veces ahogué en mi garganta amargo grito, al hallarme junto á él! ¡cuántas veces mis ojos buscaron los suyos para expresarle mi pena, el dolor que me consume y el inmenso amor que me inspira!... Todo fué en vano: yo he muerto para él...»

Á las diez de la noche, Hilda entró en su coqueta habitación, sentóse, y, cogiendo un libro, se puso á leer. Pocas líneas había recorrido, cuando arrojó con desesperación el volumen.

—No puedo leer, —dijo;— no sé qué pasa en mí: tengo un terrible presentimiento.

Hundió sus finas manos entre su negra cabellera, como aquel que quiere oprimir en su cerebro algún triste pensamiento; después de breves instantes de meditación, extendió su brazo hasta una mesa próxima, donde había varios diarios de esa tarde; tomó uno de ellos, y, al recorrer la primera página, clavó su vista

con horror en una cruz mortuoria; su rostro se demudó, sus ojos rodeáronse de negro círculo.

Bajo aquella cruz, con grandes caracteres, estaba impreso un nombre para ella idolatrado; aquel nombre que mil veces pronunciaba entre sollozos; aquel nombre adorado que tantas veces repetía con pasión en sus sueños, saliendo como una queja doliente. ¡Oh! Roberto estaba grabado en su corazón, y en su pensamiento viviría siempre.

. . . .

Cuando daba la una de la mañana en el reloj de la Catedral, Hilda subía la ancha escalera del palacio de X***.

El espacioso vestíbulo se hallaba repleto de hombres: casi todos vestían de negro; éstos, al ver una dama, le dieron paso; la joven llegó sin dificultad hasta el salón mortuorio.

Allí, durmiendo el sueño eterno, rodeado de flores, yacía su primero y único amor. Apoyando una mano en el ataúd y la otra en una cruz de jazmines y cipreses, contempló largo rato aquel rostro querido que pronto no vería más. Echó su manto hacia atrás, é inclinando su cuerpo, sus cálidos y trémulos labios rozaron aquellos otros labios yertos y descoloridos; luego cubrió su rostro y, al llegar á la puerta, recién se dió cuenta de su horrible situación, viendo dos columnas de hombres que se retiraban para darle paso: la triste realidad se alzaba haciéndose visible en su mente.

Irguió su fino talle, y, tendiendo sus brazos, lanzó una ronca carcajada, que retumbó en el salón; luego caía sin sentido.

Cuando volvió en sí... estaba loca.

EL MÉDICO

Carlos de X*** era uno de esos hombres que, aunque jóvenes, huyen del bullicio y los placeres mundanos, mirando con cierto desprecio la masa que compone la sociedad.

En un año había perdido á sus padres y á su único hermano; estos seres que le habían sido tan queridos, arrebataron con su muerte todo el contento de su alma. Ni un afecto le quedaba ya, y aunque la vida solitaria no le era muy halagüeña, deseaba vivir; vivir para hacer bien á la humanidad, ejerciendo una de las santas virtudes que nos aproximan á lo grande, á lo perfecto: la sublime caridad.

Á fines de Abril del año de 18... terminó su carrera y fué á instalar su estudio lejos de la ciudad, en el castillo de sus antepasados.

Ejercía la medicina, no para acumular oro ú obtener fama á costa de los desgraciados que le favorecían con su llamado, sino para sentir la satisfacción de socorrerlos, pues los desventurados muchas veces morían en el abandono por carecer de medios para costear un facultativo.

El invierno se presentó crudo; sus fríos hacían estragos en los pobres aldeanos, ya débiles y enfermos por la escasez de alimentos.

Carlos perdió la cuenta de los pobres que llamaron á su puerta para implorar su ayuda: sólo recordaba que en cuatro meses, contada fué la noche que pudo descansar tranquilo en su lecho; pero, á pesar de esta vida, se sentía feliz, cumpliendo con un deber sagrado; deber que él mismo se había impuesto: ¡ah, hacer bien á sus semejantes! Llegó por fin el verano y, libre de sus enfermos, el joven médico solía hacer solitarias excursiones; nadie le había interrumpido en sus tranquilos paseos, hasta una tarde que, estando junto al río que separaba sus posesiones de las de otro castillo, divisó una mujer entre el follaje formado por la hiedra que se extendía de sauce á sauce en forma de cortina.

Llevado por la curiosidad que le despertó ver aquella persona en un parque que creía abandonado hacía muchos años, volvió muchas tardes al mismo sitio.

Siempre aparecía, por los claros que dejaba la hiedra, aquella misma mujer. El joven la observaba con atención: ora la veía cortar flores para adornar sus cabellos y su falda, ora la contemplaba con asombro, cuando, al llegar á la orilla del río, arrojaba en él manojos de jazmines, margaritas y rosas. Después que las flores se esparcían como un manto blanco arrastradas por la corriente, se retiraba

tranquilamente: nunca la oyó cantar ni reir, nunca decía nada.

Una tarde, impulsado por un sentimiento desconocido, Carlos se colocó frente á su vecina y disparó un tiro con su escopeta. Él anhelaba ver algo que denunciara la existencia de un alma en aquel cuerpo que se movía como una muñeca y no como ser viviente.

Su idea tuvo maravillosos resultados. Al estallar el tiro, aquella mujer extraña se levantó con presteza del barranco en que se hallaba sentada; afanosa buscó con la vista, y al divisar al joven, quiso correr hacia él, pero ¡ay! sus piernas flaquearon y cayó gritando con frenesí:

—¡Roberto!...

Este nombre heló á Carlos. Ella creía ver en él á su hermano, muerto hacía seis años ya. No era de extrañar su error: la semejanza de ambos hermanos había sido sorprendente.

Aquel grito avivó la curiosidad del joven, comprendiendo que aquella mujer había conocido á su hermano; entre ellos, indudablemente, había existido un lazo: así lo probaba aquella llamada que nacía del corazón, aquel grito apasionado, imposible de describir y que manifestaba la ansiedad del que mucho ha esperado.

Sirviéndole de puente un añoso sauce, Carlos cruzó el río para aproximarse de una vez á aquella extraña criatura. Cuando estuvo á su lado, se conmovió vivamente: ella había perdido el sentido y parecía un cadáver, tendida

sobre el césped; le hizo aspirar un pomito de sales, refrescó sus sienes con agua; pero la inmovilidad de aquel cuerpo persistía; entonces la tomó en sus brazos como si fuera una criatura, marchando con ella hacia la casa.

Una aya le recibió, y al verle con la joven en brazos, le dijo, riendo estúpidamente con la risa del ignorante:

—Qué, ¿se había dormido en el bosque? No os hubieseis molestado: ella vive así; luego, á los *locos* no se les hace caso.

—La señorita está grave, necesita reposo,—respondió friamente el joven.

—¡Pero si ella duerme en cualquier parte! Podéis colocarla aquí.

Diciendo esto, señalaba uno de los bancos del jardín.

Ante la perversidad de aquella mujer, Carlos perdió la paciencia.

—Soy el médico,—le respondió enfurecido. —¿Cuál es el aposento de la señorita? ¿Dónde está la familia?... Llamadla.

El aya, como todo ser mezquino, bajó la cabeza, y guiando al joven adonde deseaba, le dijo con voz temblorosa:

—La familia no vive aquí: está muy lejos... viajando siempre y sin hacer caso alguno de mi señorita; antes solía venir uno de los hermanos, pero ahora hace muchos meses que sólo se acuerdan de escribir.

LUCHA Y DUDAS

La fiebre incesante de una semana tenía postrada en el lecho á la protegida de Carlos, desesperando éste de su salvación.

Aquel médico que jamás se arredró ante ningún enfermo; aquel hombre al parecer tan indiferente, esta vez se hallaba abatido, y, oprimiendo desesperado su cabeza entre sus manos, solía llorar como un niño.

Luchaba por conservar aquella existencia, con asombroso afán; la misteriosa joven le enloquecía, y mil veces pensó que, á no salvarla, era preferible morir ó que se obscureciera para siempre su razón.

Por fin, al noveno día de dudas y ansiedades, la enferma salió un tanto de su postración.

Con asombro de Carlos, pues creía estar en presencia de una *loca*, como había dicho el aya, la joven pidió de beber. Su voz, aunque débil, era clara como la de aquel que sabe lo que pide.

Al incorporarla para que bebiese, clavó sus grandes y sombríos ojos en los del médico, pero nada dijo; entonces él pudo examinar su vista como lo deseaba. Un rayo de felicidad iluminó su corazón: aquella mirada no era la mirada perdida, sin fijeza, de los locos; en aquellos ojos había fuego de un cerebro que estaba en armonía con la razón.

Averiguó, por intermedio de los criados, cuál había sido la causa de la locura de la joven.

—Una noche,—dijo la doncella,—la llevaron dos señores desconocidos á casa de mis señores amos; yo no sé lo que ellos dirían: sólo recuerdo que desde entonces la señorita nunca más habló; el aya dice que está loca, pero la señorita jamás hace locuras: la obedece como cuando era niña y sin alterarse por el imperio que usa para tratarla.

Sin poder aclarar el misterio que envolvía el pasado de su enferma, Carlos volvió á su lado, más triste que nunca.

Pensaba en aquellos señores que una noche, según la doncella, habían llevado á la joven á casa de sus padres. ¿Quiénes serían ellos?... ¿Por qué desde esa noche, que debió ser fatal para Hilda, no habló más?... ¿Qué papel había desempeñado su hermano en la historia de aquella mujer? Atormentado por un mundo de dudas, sentóse, como de costumbre, á la cabecera de su enferma; ella dormía soñando en voz alta:

—Mentira,—dijo agitada;—no fueron á buscarle; nunca más le veré.

El joven pensó guardar silencio. ¡Quién sabe si no descubría algo de lo que deseaba saber! Pero su noble corazón le hizo desistir de su idea: meció suavemente á la joven para que cambiara de postura; ella despertó sobresaltada:

—¡Roberto!—exclamó anhelante y fijando sus grandes ojos en el médico.—¡Qué largo fué

vuestro viaje! Yo me imaginaba que jamás os volvería á ver.

Carlos comprendió que era necesario engañarla por lo menos hasta que estuviera curada por completo, y se decidió á hacer el horrible sacrificio de pasar por su hermano.

—No os agitéis,—le contestó dulcemente;—descansad en tanto que yo velo á vuestro lado.

—¿Es verdad que estáis á mi lado?... ¡Roberto mío, os veo y dudo... dudo!—repitió frenética, oprimiendo una de las manos del joven.

—Hilda, callad, os lo ruego; mi anhelo es veros curada, y la conversación puede agravaros.

—Queréis verme curada para ser felices, ¿verdad? Yo también lo anhelo, y entonces no me separaré nunca más de vuestro lado. ¡Oh! nadie... nadie se interpondrá entre ambos!

Al escuchar estas frases apasionadas, Carlos se estremecía de pena: pensaba en el desenlace terrible que tendría aquella mentira que él había inventado para volver á la razón á aquella desgraciada criatura. Algún día habría que decir la verdad; él la diría, porque era noble en todos sus actos.

AZAHARES

Dos meses después de los acontecimientos anteriormente referidos, una hermosa tarde,

Hilda se paseaba por el jardín, apoyándose en el brazo de Carlos.

De pronto se detuvo, y fijando su mirada en el joven, le dijo con marcada tristeza:

—Roberto, cuando hacemos un juramento, ¿debemos cumplirlo siempre?

—Creo que sí, —le respondió él.—¿Por qué me hacéis esa pregunta?

—Ya lo sabréis. ¿Y en ningún caso perdonará Dios á un perjuro?

—¡Quién sabe!... tal vez no. ¿Habéis hecho algún juramento, Hilda?

—Sí, hice uno,—respondió con voz entrecortada por la emoción.

Ella no le hacía esta pregunta temiendo un castigo del cielo, sino para conducirlo á un terreno que, hacía mucho, deseaba; pues su juramento no se interponía entre el joven y su felicidad.

—Yo también, Hilda, he hecho uno que debo cumplirlo, aunque para ello tenga que sacrificar mi ventura.

Por el tono en que se expresaba Carlos, la joven comprendió que aquel juramento debía serle fatal.

Pálida y temblorosa, se atrevió á preguntar á su compañero cuál era su juramento.

—Hilda,—le contestó el joven,—os he dicho muchas veces que nuestra boda no se podrá efectuar tan pronto como son nuestros deseos; pero no he sido lo franco que debía, manifestándoos el poderoso motivo que me lo impide.

Yo carezco de los medios suficientes para llevaros á mi lado y haceros feliz como lo merecéis; estoy arruinado... arruinado,—dijo con horror, pues era otra mentira que inventaba por no descubrirse. Él podía casarse con aquella mujer y hacerla dichosa, porque la amaba con todo su corazón; pero no quería hacerlo, porque consideraba una infamia de parte suya engañarla para poseerla. Imaginando que al decir la verdad sería despreciado y maldecido por ella, calló, y calló sosteniendo una lucha atroz con su corazón y su conciencia.

—¡Oh, Roberto mío, no habléis así! ¿Qué importa la pobreza á vuestro lado? Yo la prefiero á la soledad de estos muros que me aprisionan como á una criminal; no me ofendáis hablándome de riquezas; vuestra carrera nos dará medios para vivir perfectamente. ¿No lo creéis así?—dijo, viendo que el joven movía la cabeza como desaprobando sus palabras.

—No, no lo creo así; mi carrera nunca nos daría para costear nuestras necesidades.

—¿Por qué?... ¿vuestra clientela no es numerosa; vuestra fama no corre por todas partes?

—Sí, todo es muy cierto; pero ni mi fama ni mi clientela me traen el provecho que vos creéis. Sin querer me habéis llevado, Hilda, al punto que deseaba. Yo ejerzo la medicina sólo por caridad; me impuse ese deber ante Dios y le juré cumplirlo: ¡he ahí mi promesa! Ya veis cuán franco soy; tal vez algún día cambie nuestra suerte, y entonces...

—Entonces,—concluyó ella, interrumpiéndole y soltando su brazo,—¡entonces será demasiado tarde! Yo también os hablé de un juramento, y por hacer vuestra voluntad faltaría á él, negándole hasta al cielo mi amor por complaceros; pero ya que vos no sabéis sacrificaros por mí, hoy, como en otra época, soportaré el yugo de una promesa que me mata; pero cumpliré... cumpliré con Dios,—dijo ahogada por el llanto;—vos cumpliréis con vuestros enfermos. Sabréis el valor de mi sacrificio cuando haya muerto.

Ella había descubierto hacía tiempo el secreto que Carlos guardaba, y, temerosa como él, no se atrevía á descubrirlo, pues dudaba del amor del joven.

Como la situación de ambos era crítica en aquellos momentos, Hilda comprendió que había que decir la verdad y decidió obligar al joven á que hablara primero.

—Antes,—le dijo para conmoverlo, pues ella jamás había invocado el pasado,—cuando os amaba como una niña, desesperabais por mis desdenes; hoy, que os amo como sabe amar una mujer, me desdeñáis. ¿Puede compararse el amor de...?

—¡Oh! no sigáis,—dijo el joven interrumpiéndola emocionado;—no sigáis... no descubráis una historia que quiero ignorar siempre; no invoquéis el pasado, os lo ruego... soy un miserable: no debí engañaros.

La imagen de su hermano muerto vino á la

memoria de Carlos; le vió pálido mirándole fijamente y como implorando que no le arrebatara el amor de aquella mujer. Un sollozo ahogó al joven médico, y se dejó caer en un banco del jardín, ocultando, en ademán desesperado, el rostro entre sus manos.

—¿De qué engaño habláis?... ¿acaso existe un secreto que no me queréis revelar? Os prometo seros muy franca, abriros mi corazón; pero antes, amigo mío, vos hablaréis; quiero que descorráis el velo que oculta mi dicha ó mi desventura; hablad, —le dijo anhelante.

—¡Existe un secreto, pero nunca... jamás os lo diré! Pedidme la vida, pero no me exijáis que os lo revele.

—Yo lo sé,—le contestó ella riendo con amargura;—tal vez, lo mismo que á mí, os detiene una duda. Decidme si sois capaz de amarme con el amor inmenso que yo os amo, y entonces...

—¿Cómo?—exclamó Carlos asombrado.

Hilda leyó en sus ojos lo que deseaba oir de sus labios.

—Lo sé todo... todo, hace mucho. Cuando era niña amé á Roberto con el fuego de la pasión primera; hoy que soy mujer, os amo sólo á vos... á vos tan sólo, sí, que habéis sido mi salvador. Cuando vagaba por los bosques sin conciencia de mis actos, Dios os puso en mi camino para que cambiarais mi suerte, volviéndome con la razón la vida; la vida, digo, puesto que yo era lo que es un cadáver... el uno

encerrado en una tumba, y yo abandonada en este rincón del mundo. Hoy soy feliz, porque toda buena acción tiene su premio; en otra época sacrifiqué mi dicha por la ventura de los que amaba. Dios paga hoy mi sacrificio ofreciéndome vuestro amor; unamos nuestra suerte para seguir luchando por el bien ajeno, y así, hasta el fin de nuestros días, la ventura nos sonreirá á toda hora.

—¡Sea!—dijo él tendiendo una de sus manos á la joven para sellar el pacto.

....

Un mes más tarde, aquella mujer tan desgraciada en un principio, vió realizados todos sus anhelos uniéndose al joven médico, quien veía en ella al ángel de su dicha.

Diciembre 22 de 1899.

La correspondencia á Ernestina Méndez Reissig. —Montevideo.—Rep. O. del Uruguay.

ÍNDICE

PROSA

Acabóse
de imprimir
en la Imprenta Artística,
el 1.º de Septiembre
de 1902